

ALFA POR LA DEFENSA DE LA CULTURA

ORGANO DE LA AGRUPACION DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES

AÑO XII — Nº 45

— TERCERA EPOCA — Nº 3

— MONTEVIDEO — AGOSTO DE 1948

— CUAREIM 1361

SOBRE LA RUSIA ACTUAL

Por ANTONIO MACHADO

Está hoy en debate en uso polémico, la expresión "cultura occidental". Con mala indole se le emplea habitualmente: con mala indole, porque aparte la latitud absurda que búscase adjudicarle, los teóricos del occidentalismo pretenden convencer de que sus módulos definidores son obligatoriamente óptimos, y por consecuencia, es la "cultura occidental", inmortal, acabada, incambiable, necesaria. Uno de los poetas más grandes, uno de los pensadores más ilustres de la moderna cultura occidental, Antonio Machado, escribió en noviembre de 1937, opiniones como suyas, magistrales, rotundamente magistrales, acerca del porvenir de Europa y Rusia. Que tales opiniones —olvidadas, olvidadas y no por acaso— traigan a la reflexión honda y sincera, a cuantos se preocupan por los problemas de la cultura. Y que ellas enseñen a los jóvenes la premiosa urgencia de cernir, a través de filtros críticos agudos, las ridículas monsergas según las cuales el dilema actual se sintetizaría, otra vez, en civilización (occidente) versus barbarie (oriente, moscovismo).

"Es hoy Moscú el foco activo de la historia. Londres, París, Berlín, Roma son faros intermitentes, luminarias mortecinas que todavía se transmiten señales, pero ya no alumbran ni calientan, y que han perdido toda virtud de guías universales". Así dice Machado: dejémosle la palabra, y que le respondan —si pueden— los teóricos de la defensa de la llamada "cultura occidental".

Nunca olvidaré unas palabras de Dostoievski, leídas recientemente, pero que coinciden con la idea que hace ya muchos años me había yo formado del alma rusa: "Sí, hijo mío, te lo repito, yo no puede dejar de respetar mi nobleza. Se ha creado entre nosotros, en el curso de los siglos, un tipo superior de civilización, desconocido en otras partes, que no se encuentra en todo el universo: el hombre que sufre por el mundo". Como a nuestro Unamuno España, le dolía al ruso el mundo entero.

Dejando a un lado cuanto puede haber de jactancia y aun de prejuicio aristocrático en las citadas frases, que pone Dostoievski en boca de un personaje de sus novelas, reparemos en que ellas expresan una esencialísima verdad rusa. ¿Y es ahí dónde hemos de buscar la más honda raíz de la Rusia de hoy?

Como las grandes montañas cuando nos alejamos de ellas, la nueva Rusia se nos agiganta al correr de los años. ¿Quién será hoy tan ciego que no vea su grandeza? La proclaman sus mismos enemigos. Los millones de hombres con el escudo al brazo que militan

contra la nueva Rusia nos dicen claramente con su actitud defensiva que es hoy Moscú el foco activo de la historia. Londres, París, Berlín, Roma son faros intermitentes, luminarias mortecinas que todavía se transmiten señales, pero que ya no alumbran ni calientan, y han perdido toda virtud de guías universales.

Reparemos en la pobre idea que dan de sí mismas esas democracias que fueron un día el orgullo del mundo; veamos cuanto sale o se guisa en sus cancillerías, incapaces de invocar —siquiera sea a título de dignidad formularia— ningún principio ideal, ninguna severa norma de justicia. Como si estuvieran vencidas de antemano, o subrepticamente vendidas al enemigo, como si presintiesen que la llave de su futuro no está ya en su poder, apenas si tienen movimiento que no revele un miedo insuperable a lo que puede venir. Reparemos en su actuación desdichada en la Sociedad de Naciones, convirtiendo una institución nobilísima, que hubiera honrado a la humanidad entera, en un órgano superfluo, cuando no lamentable, y que sería de la más regocijante ópera bufa si no coincidiese con los momentos más trágicos de la historia contemporánea.

Reparemos en esos dos hinchados dictadores que pretenden asustar al mundo y a quienes Roma y Berlín soportan y exaltan. Ellos no invocan la abrumadora tradición de cultura de sus grandes pueblos respectivos: la declaran superflua; proclaman, en cambio, una voluntad ambiciosa, un culto al poder por el poder mismo, un deseo arbitrario de avasallar al mundo, que pretenden cohonestar con una ideología rancia, cien veces refutada y reducida al absurdo por el solo hecho de la guerra europea. Roma y Berlín son hoy los pedestales de esas dos figuras de teatro, abominables máscaras que suelen aparecer en los imperios llamados a ser aniquilados, por enemigos del género humano. La historia no camina al ritmo de nuestra impaciencia. No vivirá mucho, sin embargo, quien no vea el fracaso de esas dos deleznales organizaciones políticas que hoy representan Roma y Berlín.

Moscú, en cambio —resumamos en este claro nombre toda la vasta organización de la Rusia actual—, aunque salude con el puño cerrado, es la mano abierta y generosa, el corazón hospitalario para todos los hombres libres, que se afanan por crear una forma de convivencia humana, que no tiene sus límites en las fronteras de Rusia. Desde su gran revolución, un hecho genial surgido en plena guerra entre naciones, Moscú vive consagrado a una labor constructora, que es una empresa gigante de radio universal.

La fuerza incontrastable de la Rusia actual radica en esto: Rusia no es ya una entidad polémica, como lo fué la Rusia de los zares, cuya misión era imponer un dominio, conquistar por la fuerza una hegemonía entre naciones. De esa vanidad, que todavía calienta los sesos de Mussolini, ese faquino endiosado, se curaron los rusos hace ya veinte años. La Rusia actual nace con la renuncia a todas las ambiciones del Imperio, rompiendo todas las cadenas, reconociendo la libre personalidad de todos los pueblos que la integran. Su mismo ejército, el primero del mundo, no sólo en número, sino, sobre todo, en calidad, no es esencialmente el instrumento de un poder que amenaza a nadie, ni a los fuertes ni a los débiles, responde a la imperiosa necesidad de defensa que le imponen la muchedumbre y el encono de sus enemigos; porque contra Rusia militan las fuerzas al servicio de todos los injustos pri-

Escriben: Antonio Machado, Max Aub, Bergamín, Denis Molina, Paseyro, Ardau, Rodríguez Zorrilla, Selva Márquez, Rodríguez Monegal, Brandy, Beltrán Martínez, Petit Muñoz, Huidobro.

(Viene de la primera página)

villegios del mundo. Sus gobernantes no lo olvidan. La política de Lenin y Stalin se caracteriza, no sólo por su alcance universal, sino también por un claro sentido de lo real, cuya ausencia es siempre en política causa de fracaso. Mas la Rusia actual, la **Gran República de los Soviets**, va ganando, de hora en hora, la simpatía y el amor de los pueblos; porque toda ella está consagrada a mejorar las condiciones de la vida humana, al logro efectivo, no a la mera enunciación, de un propósito de justicia. Esto es lo que no quieren ver sus enemigos, lo que muchos de sus amigos no han acertado a ver con claridad: el sentido generoso y fraterno, íntegramente humano de todas las creaciones del alma rusa, el que impera en esa magnífica **Unión de Repúblicas Soviéticas**, cuyo vigésimo aniversario se celebrará en el año que corre.

Pero Rusia, la Rusia actual, que todos admiramos y que ilumina a muchos con sus potentes reflectores enfocados hacia el porvenir, no es, como algunos creen, un fenómeno meteórico e inexplicable, venido de otras esferas para asombro de nuestro planeta; no es, como piensan otros, una consecuencia asiática del pensamiento teutónico de Carlos Marx; no es, tampoco, un engendro de la Revolución de Octubre, ni mucho menos ha salido —la Rusia actual— acabada y perfecta, de la cabeza de Lenin, como Minerva de la cabeza de Júpiter. No. A mi juicio no es nada de esto. Los viejos amigos de Rusia, los que conocíamos, antes de su gran Revolución y aun antes de la guerra mundial, algo de su admirable literatura —Dostoievski, Turguénev, Tolstoi— sabemos que, bajo el dominio despótico de los zares, estaban ya maduras las virtudes específicamente rusas sobre las cuales se asienta la Rusia de hoy. Aquellos libros que leíamos siendo niños, y que llegaban a nosotros, trasegados del ruso al alemán, del alemán al francés y del francés al español chapucero de los más baratos traductores de Cataluña, dejaban en nuestras almas, a pesar de tantas torpes decantaciones lingüísticas, una huella muy honda, nos conmovían más que nuestras mejores novelas contemporáneas —buena lección para meditar por nuestros culteranos deshumanizadores del arte literario—. Y es que a través de la más inepta traducción de **La guerra y la paz** —por aducir un ejemplo ingente— llega a nosotros, todavía, un mensaje del alma eslava, amplia y profundamente humano, que parece revelarnos un mundo nuevo. Entendámonos: nuevo con relación al mundo mezquino y provinciano de la moderna literatura occidental. En verdad, no es un mensaje literario éste que el alma rusa nos envía en sus obras maestras. Ni siquiera sabemos sin las novelas de Tolstoi o Dostoievski están bien o mal escritas en su lengua. Suponemos que lo estarán soberbiamente. Pero sabemos con certeza la mucha humanidad que contienen, la gran copia de vidas humanas, al margen de toda frivolidad, que en ellas se representa; sabemos que esas vidas humanas, las más humildes como las más agregias, parecen movidas por un resorte esencialmente religioso, una inquietud verdadera por el total destino del hombre. Bajo la férula de su imperio despótico, de espíritu más o menos tártaro o mongólico, al margen de su Iglesia fosilizada en normas bizantinas, el alma eslava ha captado, ha hecho suyas las más finas esencias del cristianismo. Sólo el ruso, a juzgar por su gran literatura nos parece vivir en cristiano, quiero decir auténticamente inquieto por el mandato del amor de sentido fraterno, emancipado de los vínculos de la

ESPAÑA, PROMETEO



Noche,
mundo de plata.
anda.
¿A hombros de quién?
África, negra y parda.
Andalucía, verde y blanca,
idéntica pasada por cal y agua.
Granada de plata,
roja por dentro,
por fuera dorada.
España, espejo de mi fe:
Yo soy yo, yo soy aquél...
España:
pasa y anda,
en hombros de los mares,
plata azul, verde níquel.
España,
en hombros de sed sacada
de los mares por los continentes.
América y África,
buena planta,
te baten palmas.
España: mi sed,
a los Pirineos atada,
nuevo San Sebastián,
asatada,
sangre en Vera
sangre en Jaca
sangre en Puigcerdá.
España, Prometeo
de Europa, encadenada
al Pirineo.
Se te entran las cadenas
por las entrañas,
entradas del Guadiana,
herida del agua,
sangre del Ebro,
sangre del Duero,
España desangrada,
Tajo a tajo.
España encadenada
al Pirineo.
España, Prometeo:
espejo de mi sed.
Noche,
mundo de plata,
luna forzada,
paso y anda,
¿a hombros de quién?
España
lejana.

M A X A U B

sangre, de los apetitos de la carne, y del afán judaico de perdurar, como rebaño, en el tiempo. Sólo en labios rusos esta palabra: **hermano**, tiene un tono sentimental de compasión y amor y una fuerza de humana simpatía que traspasa los límites de la familia, de la tribu, de la nación, una vibración cordial de radio infinito.

Roma contra Moscú, se dice hoy; yo diría mejor: Roma y Berlín, las dos fortalezas paganas, la germánica y la latina, del cristianismo occidental contra el foco del cristianismo auténtico. Pero Roma y Berlín —Berlín sobre todo— militan contra Moscú hace ya tiempo. En los momentos de mayor auge de la literatura rusa, hondamente cristiana, el semental humano de la Europa central lanza por boca de Nietzsche su bramido de alarma, su terrible invectiva contra el Cristo viviente en el alma rusa, su crítica corruptora y corrosiva de las virtudes específicamente cristianas. Bajo un disfraz romántico, a la germánica, aquel pobre borracho de darwinismo escupe al Cristo vivo, el ladrón de energías, al enemigo, según él, del porvenir zoológico de la especie humana, toda una filosofía tejida de blasfemias y contradicciones. Nietzsche contra Tolstoi. ¿Por qué no decirlo, en esta época de gruesas simplificaciones, a la teutónica?

Cuando en el año 14 estalla la guerra, Berlín embiste contra Moscú con la mitad de su cornamenta, y hubiera embestido con toda ella, sin la obsesión de París que le embargaba la otra mitad. Y es el imperio de Pedro el Grande lo que se viene abajo, la gran coraza que ahogaba el pecho ruso, lo que salta en pedazos. Moscú, considerado como hogar simbólico del alma rusa, ha quedado intacto y libre.

Libre, en efecto, de su Imperio y de su Iglesia, instrumentos férreos que atenazaban el corazón de Rusia. Fuerzas autóctonas, las de su gran Revolución que se gestaba hacia ya mucho tiempo, colaboraron desde dentro con los cañones germanos que atacaban desde fuera.

Y volvamos a la Rusia actual, la Rusia soviética, que dice profesar un puro marxismo. El fenómeno parece extraño. La historia es una caja de sorpresas, cuando no un ameno relato de lo pretérito, o como decía Valera, aludiendo a la filosofía de la historia: el arte de profetizar lo pasado. Pero el hecho no es tan sorprendente como a primera vista pudiéramos juzgarlo. Es muy posible, casi seguro, que el alma rusa no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia. Pero el marxismo tiene para Rusia, como para todos los pueblos del mundo, un valor instrumental inapreciable. El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos occidentales. A nadie debe extrañar que Rusia haya pretendido utilizar el marxismo en su mayor pureza, al ensayar la nueva forma de convivencia humana de comunión cordial y fraterna, para enfrentarse con todos los problemas de índole económica que necesariamente habrían de salirle al paso. Tal vez sea éste uno de los grandes aciertos de sus gobernantes.

Mi tesis es ésta: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia en donde parece hablar a nuestro corazón.

Y de esto trataremos largamente otro día.

Presidente: Atahualpa del Cioppo. — Vicepresidente: Eduardo Amézaga. — Secretarios Generales: José Pampin Golán y Alfredo Dante Gravina. — Secretaria Tesorera: Elia Gil Salguero. — Vocales: Rosa Baffico, Beltrán Martínez, Julio C. Pequera, Ariel Badano, Alejandro Laureiro, Juan Cunha.

JOSE BERGAMIN ENTRE NOSOTROS

No intentaremos presentar a José Bergamín: sería vano después que Machado, Dámaso Alonso, Salinas y tantos más, han dado, con la magistral justeza de sus elogios, la medida y altura del director de "Cruz y Raya". Simplemente, según nos obliga un sentimiento de verdad, aspiramos a que nuestra palabra exprese, en cuanto sepamos, lo que ya debemos, lo que ya debe la cultura nacional a José Bergamín.

El año último nos trajo la presencia de Bergamín. Llegaba antecedido por el singular renombre de su obra, pero no por el prestigio de sus lecciones.

Habíamos leído a Bergamín; nunca le habíamos escuchado. Y por cierto que el ciclo de sus maravillosas disertaciones —seguidas con poco usado entusiasmo— demostraron que con él venía el más profundo y conceptuoso de los exégetas de la literatura española, el más sabio de sus expositores, el más personal de sus críticos. Inolvidables fueron todas sus conferencias; sin embargo, de entre ellas, las dedicadas a Góngora, Quevedo, Calderón y el romanticismo abrieron, para los estudiosos, ignoradas rutas modernas de interpretación y visión de los grandes poetas y acaeceres de las letras hispánicas.

Absurdo hubiese sido que tan grande maestro partiera nuevamente a Venezuela —donde reside— sin que se le diera ocasión de cumplir en forma exhaustiva y orgánica, y no circunstancial, un curso destinado a la literatura española. De ahí que con muy buen acuerdo, la Facultad de Humanidades le haya discernido su cátedra.

Por cierto que en estos meses de labor, Bergamín ha hecho que la deuda de la Universidad para con él —y no es el eterno lugar común— jamás puede serle pagada, tal la magnitud de sus aportaciones.

Sus clases significan, hoy por hoy, el máximo de los acontecimientos culturales. Rodeado por un público de inédito fervor, que tributa respeto admirativo a su talento, creemos justo recalcar que pocas, poquimas veces, alguien ha recibido en el Uruguay un homenaje igual al que le brindan nuestros jóvenes escritores. Lo

nuevo, lo recién nacido y lo que nacerá luego en nuestra república literaria, se concita clase tras clase en torno de Bergamín, más allá de discrepancias ideológicas y diferencias de conceptos. Ello, por sí sólo, habla más que largos elogios y sonoras palabras.

Pero todavía, agregaremos algo que AIAPE no puede y no quiere callar. En Bergamín se admira el talento, la sabiduría, la agudeza del escritor y el maestro y en Bergamín se admira la valentía, la honestidad, la limpidez del hombre en su conducta. Nadie ignora cuán ejemplarmente Bergamín actuó al lado del pueblo, en la época en que España fué ensangrentada por la traición falangista. Nadie ignora que después, él también, como lo más hondo y vital de España, fué lanzado a la peregrinación por la derrota. Pero quién sabe si todos conocen, que en los días de hoy, cuando muchos vacilan, cuando otros se entregan, cuando bastantes callan, Bergamín, con el ascetismo y la firmeza que trasciende su propia figura física, —descarnada, noble, enérgica— mantiene su militancia política. Y decimos política, de propósito. Tiempo atrás —sin ir más lejos— José Bergamín rubricaba en manifiesto público, junto con varias personalidades españolas en el destierro uruguayo, su condena a las maniobras imperialistas dirigidas a apuntalar la tiranía franquista. Este gesto, tan de Bergamín, tan en Bergamín, si no cambia ni acrecienta nuestra admiración hacia el escritor, afirma nuestra certeza de que a su imparidad literaria corresponde sin mengua su calidad humana, su alteza espiritual. AIAPE tuvo, meses hace, el honor de recibirle en su casa y expresarle, desde la voz de Jesualdo, los amistosos sentimientos nuestros. No olvidamos aquella visita, y hoy doblamos nuestra satisfacción con la promesa de Bergamín de que el próximo número de nuestro revista contará con su firma. Con su firma, que traerá la colaboración de uno de los más eminentes escritores y pensadores de la inmortal y bien amada España.

"AIAPE" denuncia la penetración falangista y acusa a sus valedores

Si hay un problema que sigue siendo índice para medir y juzgar actitudes y palabras, ése es el problema español; y si hay un drama que sigue viviente y doliente en el alma de nuestro pueblo y nuestros intelectuales, ése es el drama de España. Por ello, lo que hoy diga "AIAPE" respecto de él, lleva la voz auténtica y libre de la inmensa mayoría de los uruguayos.

Pues bien: no tememos afirmar que ciertos grupos universitarios, y que la llamada —malisimamente llamada— prensa libre, están vendiendo y traicionando a España. Por todos lados, ante la indignación popular y la complacencia de algunos sectores "oficiales", el falangismo se infiltra. Un día, la radio "El Espectador", violando hasta extremos vergonzosos la libertad de pensamiento, suprime una audición de los demócratas españoles. Y como "El Espectador" todas las radios, aunque se les ofrezca paga exorbitante, niegan su onda para la audición; otro día, se presta por las autoridades competentes, nada menos que las aulas del Instituto de Preparatorios "Vázquez Acevedo" para que allí, enmascarados en certámenes literarios, los falangistas del Instituto Cultural Hispano-Uruguayo celebren la "hispanidad" franquista; por fin, el mismo instituto, cumpliendo planes de más sutil penetración que la burda mascarada con cuño y camisa falangistas, trae al señor Barcia Trelles y el Rector —o quien sea— le cede el Paraninfo de la Universidad, el Paraninfo que ha sido enaltecido, éste y otros años, por la presencia de José Bergamín, Rafael Alberti,

León Felipe y tantos gloriosos peregrinos de España. El propio catedrático de Derecho Internacional Público de nuestra Facultad de Derecho, en gesto honroso, ha debido salir a las páginas de un periódico republicano, denunciando esa presencia de Barcia Trelles y su significado. Nada ha dicho la prensa grande, y nada dirá, porque la prensa grande protege la línea de apaciguamiento al dictador hispánico. En pie de apaciguamiento, —que ya sabemos dónde nace— de prohijó ya, el año pasado, al mamarrachesco Foxá, y al encubierto Julio Prieto.

Y para cerrar, por ahora, el catálogo de las ignominias protegidas, vino Pemán, el ripioso Pemán, el cursi Pemán, el miserable Pemán. Para él, hay cines, y clubes que abren las puertas, y comisiones de damas que se humedecen de beatería. Pero para él también hay —queremos recalcarlo y querriamos grabarlo en cada conciencia— adhesión y aplauso de muchos que ayer se proclamaron amigos de España, y hoy se juntan a sus asesinos. Ahí está por ejemplo el diario "El País". Veamos su opinión actual, la opinión de quien muchas veces repudió a Pemán. Hoy dice: "José Pemán, ilustre poeta y orador hispano..."; hoy cita editorialmente a Barcia Trelles. Es el mismo diario, son los mismos escribas que meses atrás negaron a Neruda, son los mismos que balbucearon que Neruda no era poeta. ¡Ya puede medirse el calibre de su abyección: niegan e insultan a Neruda porque es comunista, exaltan y hacen propaganda a Pemán porque es falangista!

De una carta de Bergamín a Serrano Plaja

"...No es esto confirmarle el supuesto, por usted quizá sugerido, de que yo padezca o comparta un cierto misticismo desesperado, más que cristiano, sorrellista, que, en todo caso, desembocaría en mi por falsas razones ideales, a esa otra especie de pasividad resignada que usted parece atribuirme. Y hasta en la simpatía, por la piedad, en mis pobres enemigos. Una simpatía disolvente de la sana y justa oposición viva que en usted y en otros como usted —aunque delicadamente en su carta no lo subraye— se manifiesta. No. Usted sabe, probablemente, con quienes simpatizo. Es decir, con quienes me siento coincidir en el aliento animador de sus rebeldías. Cuando yo estuve en Rusia (1) en 1928, traje de aquel rápido contacto vivo, una lección moral inolvidable: algo que, como dije entonces, me había enseñado para siempre, aún más que el sabor de la sangre, el gusto y regusto del pan, entero y compartido. Y este gusto o sabor de comunión humana no podré olvidarlo, como le digo, porque siendo tan puro, se adentra y vivifica cada vez más en mi recuerdo; y eso, mientras más se acentúa en mí, espiritualmente, el hambre de otros pan imperecedero."

("Cruz y Raya", Nº 32, pág. 24, 1935).

"...No me crean tan tonto, amigo mío, ni sobre todo, tan hipócrita, farsante o algo peor (entre nosotros diría TAN PATRIOTA: patriota de ese patriotismo al que se llamó con famosa frase EL ÚLTIMO REFUGIO DE UN CANALLA), que desconozca la eficacia humana, social y moral, de eso que suelen entender, o mejor dicho, no entender, los patriotas por marxismo: como si fuera cosa del demonio; ni tampoco de la eficacia que el marxismo tenga en realidad. En lo que éste se pueda hacer cauce de expresión —caso brutal, pero auténtica— de la angustia popular española, y de su ímpetu revolucionario, contenido y enervado por la persecución terrorista de un Estado fantasma, ese mal llamado marxismo me parecería, a pesar de todo, lo mejor, la más noble esperanza viva, hoy por hoy, y, sobre todo, por mañana, de nuestro pueblo, de nuestra España. Y en lo que es, en realidad, como método o sistema, cuya eficacia y logro nos dirá la historia de nuestra revolución presente, permanentemente, creo, por lo menos, que de sus raíces se han nutrido muchas verdades de esas, en cierto modo GALILEAS, por lo que al desarrollarse social alcanzan verdades como aquéllas (E PUR SI MUOVE) que la misma Iglesia católica a que pertenezco —aunque no la afectan esencialmente—, acaba, cuando no empieza, por reconocer en su día. Día que tal vez no tarde mucho."

Y eso sí, amigo mío, que quería decirse. Y no sabe, con ello, el peso que me quito de encima. Aunque yo no sea marxista ni socialista. Ni tenga por qué serlo. Mi sueño no es de este mundo. Pero tampoco, mucho menos, puedo yo ser ni estar ANTI o CONTRA en nada de todo eso: pues el antimarxismo contrarrevolucionario que hoy se dice así, entre nosotros, no pasa de ser, a mi juicio, más que un rótulo politiquero, reclamo de la peor estupidez, a más de un pícaro antifaz del miedo; a lo que se añade también aquello del REFUGIO DEL PATRIOTISMO, con su consiguiente vileza amorosa y hasta sus criminales resultados. Suicidios y no bellos, por cierto; ni huidos victoriosamente."

(De la misma carta a Serrano Plaja, págs. 29 y 30 del Nº 32 de "Cruz y Raya". Los subrayados son de José Bergamín).

(1) Bergamín volvió a la U.R.S.S. en 1937.

POR LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

Exposición del Prof. Dr. A. RODRIGUEZ ZORRILLA
contra una resolución del Consejo de Enseñanza Secundaria

I. El Art. 18 inciso f) de la ley de 2 de diciembre de 1947 (Estatuto del profesor) dispone que es obligación de los funcionarios docentes "profesar el ideal democrático republicano".

Y los Arts. 34 inciso b) y 3º incisos b) y d) preceptúan que es causa de cesantía del funcionario docente la "pérdida de los presupuestos imprescindibles para desempeñar el cargo" y se reputará falta que, según su gravedad, podrá provocar la cesantía "el incumplimiento de las obligaciones determinadas por el propio estatuto y la incorporación de procederes en el desempeño de la actividad puestos imprescindibles para desempeñar el "la actividad proselitista será ilícita en los lugares y horas de trabajo". Los Arts. 36 y siguientes inmediatos regulan el ejercicio por la Dirección General y Consejo de Enseñanza Secundaria de las funciones de contralor del cumplimiento de esas obligaciones y de la potestad disciplinaria que los compete, imponiendo, como garantía del derecho del profesor, el procedimiento del sumario.

II. El contralor del cumplimiento de esas obligaciones del profesor y la sanción de las infracciones que a su respecto los profesores cometen están previstos en el "Reglamento para las Comisiones Calificadoras" aprobado por el Consejo de Enseñanza Secundaria el 8/II/946 (Art. 20) y en el formulario oficial vigente para "informe de los directores de Liceo" (formulario N° 1), que contiene un cuestionario relativo al cumplimiento de las "obligaciones docentes" en el cual están incluidas las siguientes preguntas: "b) ¿La orienta con criterio objetivo?; c) ¿La ejerce dentro de principios de democracia?; b) ¿De laicismo?". La enseñanza, se entiende.

II. El alcance de la disposición del inciso f) del Art. 18 del "Estatuto del profesor" está determinado:

A) Por los antecedentes de la ley, v. gr., los proyectos que precedieron a su sanción (Proyecto elaborado por la Asociación de Profesores y Proyectos del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, uno aprobado el 7/XII/945 —Art. 12— y otro elaborado y discutido en los años 1936-38 —Arts. 23 y 26 y los debates parlamentarios).

b) Por las siguientes disposiciones constitucionales y legales:

1. Art. 8º de la Constitución vigente (igualdad ante la ley "no reconociéndose otra distinción... sino la de los talentos y las virtudes"). Art. 10 id. (libertad civil). Art. 33 (independencia de la conciencia moral y cívica de quien se halla en relación de trabajo o servicio).

Art. 34 (imparcialidad y equidad en la distribución del trabajo).

Art. 57 ("Los funcionarios están al servicio de la nación y no de una fracción política"). Art. 69 (Todo ciudadano puede ser llamado a los empleos públicos).

2. Arts. 132 y siguientes (delitos contra la patria), 147 y siguientes (delitos contra la

paz pública), del Código Penal, y ley N° 9.936 del 18 de junio de 1940.

IV. Desde que se sancionó el "Estatuto del profesor" (II/XII/37) hasta la fecha, nada ha ocurrido que induzca a nadie con serenidad y equilibrio, a demandar nuevas y distintas normas legislativas para lograr la objetividad de la enseñanza, el ejercicio de la función docente con fidelidad a los principios de democracia y laicismo o la abstención del proselitismo político o religioso en las aulas. Ningún hecho hay conocido que pueda inducir a nadie a opinar que los recursos del ordenamiento jurídico vigente son insuficientes para el logro de esos fines.

V. La iniciativa de sanción de una ley que prohíba el ejercicio de la función docente a las personas que profesan tales o cuales ideas políticas, religiosas o científicas comporta el establecimiento de un régimen de excepción, con limitación, para un determinado grupo de personas, de las libertades y garantías ordinarias que son la base esencial, normal y tradicional de nuestro sistema de convivencia política, que llamamos "republicano-democrático". Constituye la pretensión de crear una nueva "figura de delito" y un "delito de opinión" (resolución repudiada por todos los juristas que reconocen en el derecho penal un sistema de garantías de la libertad y la persona humana) sancionado, —no se sabe mediante qué proceso y por qué juez— con una inhabilitación especial y perpetua (pena repudiada por el derecho penal).

VI. Semejante legislación excepcional, —que significaría la suspensión de las garantías ordinarias de la libertad individual mediante la sanción de una "ley de sospechosos", configuraría una restauración del "absolutismo" con los caracteres que revistió en el siglo XVI en el occidente de Europa (guerras de religión), de ese mismo "absolutismo" a cuyo retorno histórico, con la denominación de totalitarismos, asistimos. Ley semejante sería concebible —digo nada más que concebible— como consecuencia extrema de un estado de crisis internacional o nacional que exigiera el recurso a los últimos medios de defensa, algo así como un sistema de medidas de salvación pública. Al Consejo de Enseñanza Secundaria no le compete iniciativa en materia tan grave y delicada.

VII. La resolución del Consejo de Enseñanza Secundaria trasunta sentimientos e ideas de una opinión apasionada y ofuscada y no el equilibrio sereno que debe inspirar a un organismo de esa naturaleza.

VIII. Sentimos que el cuerpo a quien está confiado el gobierno de un sector de la educación pública, haya incurrido de este modo en precipitación e irreflexión, adelantándose a propiciar el establecimiento de un régimen de restricción de la libertad de conciencia, de la libertad de ideas, que es en los organismos de cultura donde ha de tener sus custodios más celosos, y exquisitamente reacios a soportar limitaciones que no resulten inexorable, infortunadamente, "in extremis", derivadas de un evidente estado de

necesidad, necesidad de orden público, necesidad de un mayor o menor para evitar un mal mayor, necesidad de sacrificar ese bien precioso para salvar otro valor de mayor jerarquía expuesto a parecer de otro modo.

IX. Jamás antes, ni en los aciagos y recientes años de la tiranía que ensombreció la historia del país, interrumpiendo el juego normal de sus instituciones, ni cuando, en plena guerra, fascistas, pronazis y falangistas, —algunos en posiciones prominentes y muchos emboscados en la enseñanza—, amenazaban el destino del país, se pretendió recurrir a una medida semejante.

X. Por consiguiente, cabe declarar:

1. Que el Consejo de Enseñanza Secundaria dispone en la legislación ordinaria y las reglamentaciones vigentes, de todos los recursos suficientes para salvaguardar la objetividad de la enseñanza, dentro del amplio concepto de la educación democrática y laica, —impedir que en las aulas se haga proselitismo político y religioso o se corrompa el carácter moral y cívico de los alumnos o no se cumpla satisfactoriamente con la obligación de contribuir a formarlo.

2. Que la opinión pública debe saber que en las aulas de los liceos de Enseñanza Secundaria se moldea el carácter cívico y moral de los adolescentes, educándose en el respeto de nuestras instituciones, en el conocimiento de todas las proyecciones que, para la dignidad de la condición humana y la elevación del nivel moral y material de la vida de todos los hombres, tiene la concepción democrática, y en el amor a la libertad. Bien lo comprobaron experiencias históricas recientes, cuando la gallardía de las juventudes universitarias y liceales lució en la vanguardia de la defensa de todos esos valores amenazados, sin que haya sido menester nunca, —como no fué en épocas de recuerdo oprobioso— poner al profesorado de Enseñanza Secundaria al margen de las garantías normales de la Constitución. Intentarlo, mejor dicho, —la opinión pública debe saberlo— porque, creo poder afirmar sin equivocarme, que los profesores de Enseñanza Secundaria no aceptarían continuar el ejercicio docente bajo un régimen permanente de censura, de policía, de sus ideas y de su conciencia, con la amenaza pendiente de merecer la calificación de profesante totalitario por parte del clan monopolizador de la ortodoxia política.

3. Que es lamentable que el nuevo Consejo de Enseñanza Secundaria, del cual espera tanto la opinión democrática del país, que aspira a que surjan y se adopten iniciativas destinadas a perfeccionar nuestra educación media como el adelanto general de la educación y las circunstancias históricas lo reclaman, haya comenzado su gestión con un error de esta magnitud, por oficiosidad que puede transformarlo, —si no se recapacita y se enmienda noblemente la equivocación para no dañar los grandes bienes comprometidos— en el promotor de graves alternaciones en la paz de las aulas.

Rodó en sus adentros: Primeros apuntes para una revisión y un juicio

Por RICARDO PASEYRO

I) DE RODÓ, EN ALGUNAS COSAS DE SU VIDA

Bien que guste o no, ciertamente el presista de "Ariel" actúa más que nadie de nuestra cultura. Leído poco, menos clarificado, mucha gloria adjetiva y mucho resoplo de viento inútil hay en su redor. Falta quien le critique, digo, quien le ampare, le salve y desahogue de tanta vana palabra. Permanezca Rodó, o nada suyo le sobreviva, hagámosle crítica allende totémicas reverencias. Quizá la exposición de sus papeles, el desembarco en su íntimo ser, el abrimiento de su esfinge — ¡qué hombre oculto, frío, mayestático! — apresuren la crítica urgentísima.

Algo queda ya: un primer asedio, nervioso, orgánico, sereno. Carlos Real de Azúa pone sitio a Rodó, y le pone en su sitio. "Los papeles", y la marginalia del joven escritor — no siempre en mi opinar — guíen mi nota breve, rápida, pequeña. (1)

Vida en doble vertiente, la vida de Rodó. Secreta la perpetua escoceadura — inopia, tristeza, soledad — creíamos la cándida leyenda de su monótono discurrir aldeano. La autorizaban su aire de gran buho, y su prosa de largas pausas, y exacta, exacta, exacta. "Los papeles" sorprenden lejanías sin tránsito hacia el mundo, nos rescatan su condición dramática. Frase de Amiel percibe: "La manera de sufrir es el testimonio que da un alma acerca de sí misma". Tuvo Rodó la doble vertiente de sus carillas testimoniales, entrañables, y sus páginas puestas a la intemperie literaria; no quiso abrirse, como muchos, en alma de quejumbre sin pudicia, y acaso ello hoy le valga, ante los ojos hartos de "la feria en la plaza", su mejor y más próspera virtud.

Admira, desde adentro, el puguaz ejercicio de su heroísmo: el que duda, mida junto a Rodó, en sus malandanzas y pesares, cuánto abruma ser, a pospelo de todo, hombre que sólo escribe.

Heroísmo de lenta y firme urdimbre, heroísmo huérfano y de sutiles penas, colma su heroísmo no último ni parvo espacio de su complejo psicológico. Pero hablando por triste y furtiva voz de doloridos papeles, ganan y dominan las ineptitudes feroces, y aun tontas. Ineptitud para la alegría, para la cuota de alegría que trae la vida, cuota gigante o mínima, a pulmón pleno o en risa recoleta: dote, al fin, que acoge toda cuna; ineptitud para el desorden y el éxtasis, para el travesero haragán, sencillo. Y en la cima, aquella roedora sombra de timidez sentimental, aquel fuego quemado en devorarse a sí propio.

Con el trazo de su figura, heredamos la fama de su misoginia. "Los papeles" apoyan, certifican, adicionan. Hacia acá del viaje a Europa, ningún amor cumplido. Dos nombres, fija de Azúa: Luisa, el de

la adolescencia, Marta, el de su tiempo adulto. Nombres vacíos, abstractos, esquemas no de amor sino de sueños. Vimos, en los papeles, el agónicamente vocativo ¡Luisa! trocarse en cauteloso ¡Suiza!, y vimos las cartas rataplanescas y galanas, ahitas de ceremonias y flacas de llama auténtica. De tan magras y tenuísimas noticias, nadie podrá construir una historia de amor y un cuerpo de mujer: queda el Rodó de siempre, ni sujeto ni causa de amor, más sus entrevistos fantasmas femeninos.

¿Y Italia? "Italia fué la gozosa revelación de la felicidad de los sentidos, el espolazo, demasiado tardío, agrio, crepuscular, de una energía que su vida había dejado sin empleo". Allí radican sus lances anónimos, y al cabo, seguros. En hojas — inéditas — numeraba Rodó sus triunfos físicos: gimnasia, entonces, lo que tuvo por amor.

Y viene otra vez a cuento, Amiel. Antigua moda le hizo célebre; moda última le soterra en hueco gris. No pruebo yo a evaluarle. A mis apuntes atañen su aspecto humano, su relojil confesionario escrito, su crisis, el melancólico dejo de su espíritu: hay matices, rasgos, tonos iguales en Rodó y Amiel. Idéntico el hallarse en angustia dramática, idéntico el trance de timidez frente al amor, idéntica la "tarda revelación". Raro encanto imanaba la silueta de Amiel; Amiel sedujo: no sedujo Rodó. Pero ninguno de ambos sufrió amor. Importa saberlo, puesto que ello algo dilucida la a-sensualidad del ámbito que Rodó crea, mundo vacío de luz y carne, mundo vacío del toque plural y mágico de los colores, de la fuerza de cuerpos con alma, y nervio y huesos. Desasido de la materia, agítase y sucede el pensamiento: Rodó no lo anima en la palpable y palpadora sustancia del hombre y de la vida.

Más en su ser el filósofo tanto menos galas le cubran. Rodó, no filósofo aunque indagaba filosofías, bien hace si labra sus meditaciones en imágenes, fábulas, historias. Hábil y sabio fué en el taraceo y tramoya de su vasto estilo parabolano; pero sus apólogos llegan opacos: la naturaleza y las cosas, esmaltadas, no pintadas.

Libreme yo de asimilar búsquedas varias; sin embargo, en cambio de Rodó, ¡qué lujo de colores, qué objetos de latiente medula, qué lirismo en el maestro alicantino de "El libro de Sigüenza"! A Rodó se le fuga de entre sentidos el plástico relieve del mundo, su múltiple voz.

Arriesgado ofrezco, a mi modo, el escudriño, asaz útil, asaz salvaje, en el cubierto y hoy iluminado vivir de Rodó: sus papeles le muestran, y al desnudarle, aclaran ineptitudes y determinantes que señan atributos de su obra.

II) DE RODÓ, CRÍTICO

"Los que somos críticos o aspiramos a serlo", adujo, ya en 1899, Rodó. "Los que somos críticos..." Veámosle atisbar desde su torre crítica.

Sospecho que nadie le ha contemplado largamente en ella; sospecho que así nada pierde su gloria, y mucho gana. De Azúa margina tímida defensa: "...después de 'Rubén Darío' la esplendorosa facultad crítica parece ponerse en su espíritu... La razón, si no explícita, resulta ahora, por lo menos, clara. El magisterio moral desplazó — sin huecos, sine die — al 'magisterio estético', el 'pensador de América y la personalidad', al mostrador de la Belleza'".

Cierto que con el siglo, el cauce de su obra rebosa hacia meditaciones filosóficas; cierto que la forja de los ensayos gastaba su tiempo; de cualquier modo, prueban su medida crítica las páginas anteriores, nunca repudiadas, jamás trascendidas.

Era un Rodó en cierno de Rodó, el que puso a Vargas Vila, Núñez de Arce, Campoamor, Mata, Guido Spano, tan alto como los cuernos de la luna. Asombra el lenguaje, asombra el rendimiento admirativo, asombra el mal gusto, el crudo mal gusto: agobia el mal gusto.

La memoria de Núñez de Arce ha muerto en un ahogo de su cursilería. Dijo de él nuestro crítico: "...excelente personificación del genio tradicional y castizo de la poesía castellana con el espíritu moderno"; "...suya es la gloria de haber consumado la resurrección del verso clásico"; "...aseguran la inmortalidad del poeta"; "...lírico excelso... que atrae a sí el interés y la admiración del inmenso público que habla a uno y otro lado del océano la lengua sublimada en sus cantos".

"...Mi padre, eternecido aunque ensillaba el overo [severo que ya esperaba indócil a la puerta. La hermosa niña casi adolescente, inclinaba la frente, callada y sin dolor como una [muerta... ...Fué terrible y patético el momento.]

Yo hasta entonces contento conmovido lloré, perdí la calma La ansiada libertad me sonreía, pero ¡ay! de mí sentía que en aquel pobre hogar dejaba el [alma...]

A eso — "Idilio", 88 sextinas semejantes — y a "La Pesca" — de cuyas 198 sextinas hago gracia — llamaba Rodó "imperecederos modelos".

Campoamor: "...el serventesio sencillo y elegante, que Campoamor substituyó con excelente acuerdo a la estrofa tradicional de la epopeya en la 'Drama Universal'... En Campoamor domina el pensamiento sobre los afectos. Tiene a menudo el don

de lágrimas; no le es en manera alguna desconocido el secreto de la emoción — porque sin cierto grado de sensibilidad, como sin cierto grado de fantasía, no hay poesía posible ni poeta que pase de coplero — pero siempre está, ante todo, el poeta pensador que filosofa en verso y tiende sobre las cosas la escrutadora mirada del análisis al mismo tiempo que la radiación luminosa del lirismo. Personificará ante el porvenir la alianza definitiva de la poesía que piensa, que reflexiona, con el verso castellano".

Vargas Vila: "...un prólogo magistral de Vargas Vila. El alma apasionada del autor de las 'Providenciales' y su talento ático..."

¿A qué seguir? Duele el nomenclátor de sus elogios españoles: Echegaray, Castelar, Gil, Querol, Pastor Díaz, Tasara, Rueda, Arolas, Ayala... Y al paso de la pluma, la cita enorme de incomprensión y error: "...soneto de la casta de los que salieron de las manos de los Góngoras, de los Jáureguis, de los Arquijos".

¡Jáuregui y Arquijo hombreándose con Góngora! Poco lince, el que no supo hallar la imparidad de Góngora, y el que no supo leer la vida y la muerte en los sonetos de Francisco de Quevedo y Villegas. (2)

En cierno, Rodó dábase a polémica con Menéndez Pelayo: en capítulo antológico de nuestros líricos, olvidaba aquél a Juan Carlos Gómez, Bermúdez, Pacheco, Arrascaeta, Fajardo, Ferreira. Y ahí, las tres páginas que charlan abundantemente los méritos de Alejandro Magariños Cervantes... Y vuelta hacia América, su alabanza se demora en Balart, Mata, Rivas, Leopoldo Díaz. (3)

Mil ochocientos noventa y nueve: "Rubén Darío", inicial hito de su madurez. Y su madurez — a mí, de Azúa — no ejercita la crítica. Por mejor decir: la ejercita a las veces, ¡y cómo! Y no valen excusas de aislamiento: "los papeles" apresan a sus correspondientes: Darío, Nervo, Valera, Unamuno, Lugones, Chocano, Miró, Alas, Gómez Carrillo, Juan Ramón Jiménez, Sanín, Maragall, Zorrilla, Varona, Herrera y Reissig, Ingenieros, Quiroga, Palma, Eustasio Rivera, Alfonso Reyes, Rojas, Giner de los Ríos, Piquet, González Martínez, Menéndez Pidal, Blasco Ibáñez, Villaespesa, Henríquez Ureña, y tantos...

Rodó no cambia; su estética, si estética posee, no se inmuta. No era un agraz de Rodó — ya famoso "Ariel" — cuando escribía lisonjas a los malos versos de Frugoni; geminaba "Proteo" y casi moríase el pontífice de la torre de los panoramas, mientras Rodó averiguaba que "...ni se ha probado que con posterioridad a Andrade haya surgido quien señale nivel claramente superior al vuelo lírico de Andrade".

(sigue a la vuelta)

POR LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

Exposición del Dr. ARTURO ARDAO

Causando profunda sorpresa, se ha difundido estos días una resolución del Consejo de Enseñanza Secundaria, por la cual se solicita del Poder Ejecutivo el auspicio de una ley que prohíba el ejercicio de la función docente a determinadas personas.

Según las primeras versiones periodísticas, se trataba de prohibir dicho ejercicio a los profesores comunistas, que los hay —aunque en muy pequeño número— en nuestra enseñanza secundaria. Luego se publicó el texto de la resolución, que resulta comprender a “toda persona que profese ideas totalitarias”.

De acuerdo con la terminología al uso, de totalitarismo de derecha y totalitarismo de izquierda, la prohibición legal que se solicita afectaría igualmente a los profesores de ideología fascista que, según parece, los hay también, más o menos encubiertos. Más allá, sin embargo de los distinguos gramaticales, lo efectivamente real y cierto —y tenemos entendido que los propios señores consejeros no lo ocultan— es que la iniciativa se dirige esencialmente contra los profesores comunistas.

Debemos aclarar que al escribir sobre el asunto, entristecido el espíritu por el salto atrás que la sola iniciativa hace dar a nuestra enseñanza pública, una sola cosa resiste en nosotros a la impugnación de la misma: la forzosa necesidad de incurrir en lugares comunes. Lugares comunes de nuestra conciencia cívica y moral de hoy, pero que para que llegaran a serlo le fué preciso a la humanidad padecer y sangrar de mil modos, desde la cruz a la barricada. Los sagrados lugares comunes de que el pensamiento es libre, de que la

opinión no es un delito, de que las ideas no se combaten sino por ideas.

Flota en torno a la resolución del Consejo de Enseñanza Secundaria, y se traduce en comentarios periodísticos, la sugestión de que los profesores comunistas hacen en sus clases proselitismo ideológico. No podemos saber si ello sucede, aunque la verdad es que no se ha hecho conocer ninguna denuncia en tal sentido. Pero si así fuera, ésta de la acción proselitista, es una cuestión en absoluto distinta y extraña a aquélla que encara la resolución del Consejo.

El proselitismo del profesor en las clases debe ser severamente reprimido en cualquier circunstancia y cualquiera sea la doctrina, secta o partido en favor del cual se haga. Sin duda que en este terreno será muchas veces difícil, de hecho, determinar si se hace proselitismo o si el profesor ejercita la libertad de cátedra que hay que reconocerle tanto en el aspecto expositivo como en el crítico de la enseñanza. Pero siempre habrá elementos objetivos de apreciación para descubrir el proselitismo y sancionarlo, aparte de que la dificultad eventual reza para todas las ideologías y no para una determinada.

Comunista, católico, blanco o colorado, el profesor debe abstenerse en su acción docente de hacer prédica blanca, colorada, católica o comunista. Por encima de la prohibición constitucional (Art. 57 de la Const.) le está vedado por una prohibición moral. Pero nada puede impedirle, como ciudadano, como hombre o como mujer, sustentar la ideología que su conciencia le dicte. Es uno de los clásicos derechos “inherentes a la personalidad humana” a que alude en términos genéricos el

Art. 63 de la Constitución, ratificado todavía en lo que a la resolución del Consejo se refiere por otras disposiciones constitucionales. Recordemos algunas:

“Todo ciudadano puede ser llamado a los empleos públicos” (Art. 69). “La ley ha de reconocer a quien se hallare en una relación de trabajo o servicio, como obrero o empleado, la independencia de su conciencia moral y cívica” (Art. 53). “Todas las personas son iguales ante la ley, no reconociéndose otra distinción entre ellas sino la de los talentos o las virtudes” (Art. 8°).

Sentadas esas elementales verdades, presenta el asunto otros aspectos sobre los cuales mucho cabe extenderse pero que nos limitaremos a apuntar. Ante todo, hay que recordar una vez más que este tipo de represión de las ideas, según lo dicta la lección permanente de la historia, resulta siempre contraproducente. Las ideas —nos es fatal recaer en los lugares comunes— no sólo son incoercibles, sino que la persecución las activa y las prestigia. Por otro lado, las propias personas que las sustentan, víctimas de medidas injustas o arbitrarias, se benefician de una solidaridad que, en tal situación, sin dificultad se les acuerda en nombre de principios superiores al conflicto de ideologías. Es lo que está ocurriendo ahora en el seno del profesorado de Secundaria.

Integran el Consejo de Enseñanza Secundaria personas de reconocidas convicciones democráticas, que sólo por impremeditación pueden haber dado su voto a la resolución que comentamos. Confiamos en que a estas horas se haya reflexionado sobre la gravedad de la medida y se obre en consecuencia.

RODÓ, etc ...

(Viene de la pág. 5)

España remuda el alma, pero a Rodó no aguija el eco de la grande lucha; celebra acaso lo pintoresco andaluz de Juan Ramón Jiménez; acaso, de través y rápido, el nombre de Unamuno. (4)

¡Qué de hallazgos históricos, y qué de lauros a troche y moche en “Ricardo Gutiérrez”, y en “Juan María Gutiérrez y su época”! El pulero erudito que entrañaba en los cuadros decenios del flébil romanticismo americano y rioplatense, no ve, no oye, no colige que Mansilla, López, Wilde, Cané, Cambaceres, pasan luego, y que son los auténticos, y que con ellos, desnuda de arrequives, nace la nueva literatura; no penetra que Lugones, muy cerca de sus aplausos a Carlos Guido, abre los cauces de la otra poesía.

También “el tedio y la tristeza” de la carta de Rodó a Piquet sufre Herrera y Reissig; y más, sufre Sánchez. Herrera y Reissig llega hasta la muerte en un silencio resonante de diatribas; Sánchez huye a Europa, y muere. Rodó, a la sazón, descubre a Frugoni, Carlos Arturo Torres, García Godoy, Reyes: todos hoy en óptimo y eviterno olvido.

Se siente ahora en su punto que yo indague: ¿dónde y en qué tiempo la “esplendorosa facultad crítica” de Rodó? Ni en el quindenio formativo, ni en su “Rubén Darío”, que ya vendrá a pelo discutir, ni cuando ilustre y acabado, juzga autores y libros. (5)

Rodó regala archipampanatos, y omite lo que lleva sustancia: saben a caduco sus dictámenes bibliográficos. Y preciso términos: dictámenes bibliográficos. Crítica quiere conceptualidad, crítica no es glosa: la crítica necesita “c-r-i-t-e-r-i-o”, criterio orgánico, idea matriz, ver total y unitivo. Rodó, sumo ecléctico, acierta o yerra no en planos de doctrina, mas en la línea de zigzagues de su gusto. Da como crítica glosas corticales, y carece de la bella primicia, del augurio, del hallazgo en que se eterniza la alta crítica.

Nadie alegue causas de época: a la vez, Azorín hace crítica en España. Y cuenta que a la contraria de Azorín, Rodó tiene el alma de su patria en franquía para escucharle y seguirle en sus sanciones.

Puesto que no me mueve blasfemia y sí justicia, no me corro de inferir que fué Rodó mío y mínimo en su “magisterio estético”, que en su atalaya sólo hubo ventanas clausuradas a la luz moderna, y que no le caben glorias de buen crítico, ni ya de crítico, que por inerfia y hábito pondéransele aún. (6)

Mayo de 1948.

(1) El artículo de Real de Azúa fué publicado en “Escritura”, número 3, marzo de 1948. Se titula “Rodó en sus papeles”: de ahí el nombre genérico de “papeles” que doy a los 370 documentos hecho públicos en la Exposición Rodó por su minucioso ordenador y crítico Roberto Ibáñez.

(2) Hay un raro librito de Juan Sábat Pebet, “Rodó en la cátedra”, Montevideo, 1931. En él, gastándose el tono de más

servido panegírico, se efectúa exhaustiva compilación de hasta la única palabra que haya escrito Rodó acerca de los clásicos y modernos españoles. La útil pequeña antología carece, sospechosamente, sin embargo, de la larga lista de elogios a que me refiero en mi texto. Pero ni aun tan significativo expurgo, otorga a Rodó autoridad crítica: las citas son someras, superficiales e insustantivas, y sólo prueban su eclecticismo sin cogollo doctrinal.

(3) Para evitar digresiones y datos que enturbiarían la continuidad del texto, conviene apuntar aquí algunos noticias relativas a fechas en la vida de Rodó, y en particular, las atañedoras a las citas que en mi pequeño ensayo se mencionan. Rodó ejerció su magisterio estético sobre todo en su época de la “Revista Nacional”. Desde luego, no se hallaba aún cabal y maduro: muchos de los juicios que transcribo de ese tiempo. Pero como maduraba por oposición y no por desechamiento de cosas, puede afirmarse que jamás Rodó cambió de parecer en la materia. Hay otro elemento importante que demuestra la licitud del empleo de tales opiniones, cual índices de su mira estética: uno de sus pocos libros editados en vida, “El Mirador de Próspero”, en 1913, contiene —lo que significa un aval indiscutible— sus alabanzas a Frugoni —escritas en 1902—, su exaltación de Guido Spano —en 1899, año del “Rubén Darío”— sus análisis de ambos Gutiérrez, su elogio a García Godoy —1912—, su duda, en 1907, acerca de Andrade, etc. (No olvidemos que “Ariel” vio la luz en 1900, y “Motivos de Proteo” en 1909). La carta de Rodó a Piquet se fecha en 1904.

Los primeros libros de Lugones precedieron a aquellos encomios a Guido; Herrera y Reissig murió en 1910; Florencio Sánchez en igual año.

Y mi artículo no quiere hacer caudal de que el advenimiento del modernismo en la literatura americana —fuera de Darío— pasó inadvertido para Rodó. Caso enorme: Rodó, propagandista de tantísima baratija literaria, dejó en silencio la figura de uno de

los escritores y hombres más grandes de América, José Martí, a quien Sarmento, con su genialidad maravillosa, había descubierto ya antes de 1885.

(4) Cualquiera ve, de cierto, que Rodó era íntimamente incapaz y hostil para lo hispánico. Sin embargo, no hay ensañamiento de mi lado al recalcarlo: el capítulo de sus ignorancias frente a las escuelas nuevas en la literatura más afín a su espíritu —la francesa— sería aún más asombroso y vasto.

(5) Es verdad que Rodó cuenta a su favor varios elogios respetables, y un poco alejados de su sensibilidad profunda. Sería falso no mencionar que por ejemplo Pérez Galdós en España, y Puyó y Barret en el Río de la Plata, motivaron sus glosas entusiásticas. Ello no varía el panorama general de su estética, su mal gusto y angustiosismo. Y entiéndase bien: no reclamo de Rodó lo que según su formación cultural y acoso psicológica no podía ofrecer: simplemente demuestro que hay que restar la página “magisterio estético” del largo libro de sus mil veces proclamadas excelencias, algunas de ellas indiscutibles.

Y al fin, me interesa que el lector advierta que entre el Rodó de 1894, 95, 96, que escribía los a Campomar y Núñez de Arce, y el Rodó de 1910, sólo existe una distancia de estilo. Compárese la manera informe, impersonal, común, de su prosa respecto de Campomar, con el verdaderamente propio estilo de años después. Allí radica el engaño capital: el sustrato ideológico, el sentido valorativo, no se desdénvuelve, queda, y a la inversa, el estilo se perfecciona, y burla al lector desprevenido, que imagina hallarse ante un Rodó distinto.

(6) La no prevista extensión que ha tomado el artículo, me deja en el tintero otras partes de mi inquirimiento en Rodó. Vaya, pues, lo ya escrito, como trozo de algo a que falta término. En oportunidad propicia seguiré y quizá concluiré mi pequeño ensayo, con dos nuevos escollos: “De Rodó, estilista”, y “De Rodó, pensador”.

Yo también con Neruda, Alberti y Lorca,
pero muy orgulloso,
si acaso de alpargatas y serio compromiso,
muy serio con las vacas
me he puesto como vosotros de hoy
a cantar
a menudo con apariciones
siempre yo, sin esconderme
sin caloteos perfectos
que pasan de la bufanda al piano
o del vaso al gato

y tan común con Cotapio
desde las regiones del vino gris
al herido suspiro de otras palabras,
y tan muy común con Denis
desde su llorar la azada
a sus contactos con la sombra
como cosa que se prefiere mañana
y tan de la mano con Langston Hughes
yo también canto y soy América
de cólera, de látigo, de suspiro,
madrugada, mantel y cuchara

y después si digo, y después si hablo,
si marco en los libros o cuadernos,
o en los versos sueltos del aire,
si destapo ángeles,
si enciende la mosca su voz de pámpanos verdes,
si entro en los hospitales,
si busco llaves y doy vuelta las esquinas,
no queda nadie de nadie sin señalar
sin en cierto modo ensuciar a sus antepasados

pero amigos, sostengo, aseguro
que el mucho hablar roba
calotea sin secretos, y a éstos,
no miedo alguno
si acaso duro desprecio.

Diré claramente, sin remiendo
como sois de pobres
llenos de tumba
parecidos al amianto
ojo y corazón neutro.

¡Débiles de América!,
¡jodidos del mundo entero!,
¡sé!,
os he observado mucho,
os he visto llorar en silencio
por cosas que yo no desllozo,
os he visto inexplicables, detenidos,
porque a la caída del sol
os anuncio la palidez incontestable de los relojes,
porque alguien pudo cortar el pelo a las ce-
porque es mi verdad sin esquivar: [nizas,
el buey inaugura el mar
sobre violines de cuerdas contrarias
y no podéis sentirlo,
porque hay pulsos vedados
para vuestros espíritus sordos,
porque vuestro equilibrio vital
lo muy forman los otros,
porque tenéis que mentir y creer en la mentira.

Venid débiles de todo el mundo
Venid y os enseñaré mi credencial,
venid todos por mi bufanda,
acercaos al miedo de la corbata
y llorad sobre vuestra vulgaridad un rato
hasta que vuestras lágrimas arrugadas
tengan olor a explicación, y luego amad mi traje
hasta el sitio necesario que tiene detrás;
cambiad vuestra mano izquierda por un llanto
y por los mismos lugares de ese cambio
subid las escaleras del escritorio
del suspiro y del escarbar,
y luego, con el pie de vuestra sombra,
sin ruido
abrid la puerta. Aquí: yo.

Aquí
sobre una edad de equilibrio en lucha
mi credencial:
edad, siete pájaros y dieciocho nubes;
estado, nublado a favor del tiempo;
temperamento, duende de los escaparates;
color de cutis, amarillo alejado;
profesión, por encima del azar un permiso.

MANIFIESTO POÉTICO

(Fragmento - 1ª Parte)



Por DENIS MOLINA

¡Venid! No os voy a insultar,
no!
Estaos tranquilos. Aquí está el niño
y el gato que por descuido silba
y la chiva
y el libre albedrío a la deriva,
y todo está alumbrado por un río
de ahondar el aire,

porque saber no es repetir,
no es vegetar;
puede escribirse alfiler con h
y pinchar más que la de vuestras corbatas
necesariamente de género, nunca incoloras.

¡Venid! No espero aplausos;
sé aplaudirme solo, sé vivir solo,
sé amar y amo,
sé infinitas cosas del Mundo
sin libros
sin reglas, sin dos por dos
puedo resolverme graves problemas
como el de ayer:
se me rompió la casa
en el justo sitio del sueño
y su inundación me duele
por un naufragio de ventanas

Y nunca me come la envidia
porque yo no necesito un lector
sino un pájaro que castigue a las lágrimas,
un corazón de violín mojado,
lo confundido de las cosas,
lo más sencillo de mis brazos, el sostenerme,
porque hasta las paredes me dan respiración su-
y tengo mi interior limpio, [perior
no me preocupa el alineamiento
uso el mañana.

Nuevos ricos de la poesía,
avanzando por un olor equivocado,
aventajados estudiantes de influencia y el no
¡no os voy a nombrar! [sentir:
Sois muchos y de muy poca importancia.
A través de algunos libros, revistas, diarios
y conversaciones desviadas,
he conocido bien vuestro pobre origen,
origen de medalla.

Yo no toco tambor con palomas
ni campanas con ausencia ajena,
no;
no me agradan las máscaras
ni los enmascarados.
Yo soy presente en algo, estallando, latiendo,
ampliando el cielo de la tierra
para sentir el pulso de profundidades en arma,
sobre las cosas vivas
con un grito urgente por piernas
voy dando pasos en lo interminable
sin preguntarme si es la novena o la quinta
para así hablar en más grande.

Yo soy yo,
amante mudo de mi propia manera,
entro en el ando
sin anudarme en los peros y suspiros,
entro y canto al verde mensaje del amor,
de tanto amor devorado por los espejos,
de tanto amor amenazado por el olvido,
las estatuas y el sacerdote,
de tanto amor que llena las casas y las calles,
de tanto amor convertido en esqueletos de pá-
[jaros,

en máscara de miedo universal al trigo,
de tanto amor ahora y siempre
por los siglos de los siglos abrid las puertas
para renovar los aires.

Si tuve una infancia entre árboles planteada
bien puedo soportar una juventud
entre las abejas, entre los pájaros, sobre las ce-
y por encima de sus razones volando, [bollas
requetevolando, desautorizar a mar suelto
los "separece", los "me recuerda",
a los cuales principio doy, alegría, respeto
y a veces cena, almuerzo, y hasta recreo lo más
[común.

Pero si en un tiempo para perder pudiera
acumular influencias sobre prosas y poemas,
alejado de encono lo haría
por las llaves del miedo que reúnen,
lo haría para ver llegar a los caballos
con riendas de gusto general,
para ver a las avispas de traje a la moda,
para ver a las avispas de traje a la moda,
[oro,
para ver los pájaros que buscan palabras en los
[diccionarios;

pero no es necesario este trabajo, se ve,
se ve en ese esfuerzo de no querer parecerse,
en ese esfuerzo de fecundar golondrinas
con harinas
aunque nada tenga que ver
divina con tina;
se ve, así como detrás de todo esfuerzo
hay un enigma,
detrás de estos señores hay una mentira,
una larga y alimentada mentira.

Nuevos ricos de la poesía,
que volvéis de costado las sustancias
para disimularlas,
poetas almidonados
no con las influencias, lo sé!,
no son los se parece, ni los me recuerda,
¡lo sé!
Es el miedo afilado que os persigue,
el miedo a que os descubran,
porque conocéis el uso más secreto de la estafa.

Nuevos ricos de la poesía,
hijos del se parece, del me recuerda,
del "muy bueno... pero..."
hijos de la gran pata, venid
que os voy a enseñar un te recuerda:

¡Ah señores x: cuánto llorar!
Cementerios en el Mundo, los poetas
se muy alegran sin vuestros poemas,
cocktail viejo refrescado.
¡Ah! señores x, señores sin sueño,
tamberos sin vaca, solos, tan presos
en vuestras casas!
Yo, de alegría en los huecos,
extraviado por el secreto, ah!
¡Por fin!

¿Quoi?..
¡No!
¡Qué pena, apenas unos gatos, sí,
vosotros señores catedráticos!
Ah! señores x, qué desgraciados,
os complaceamos.
¡Por orden de la poesía
excluidos de ella!

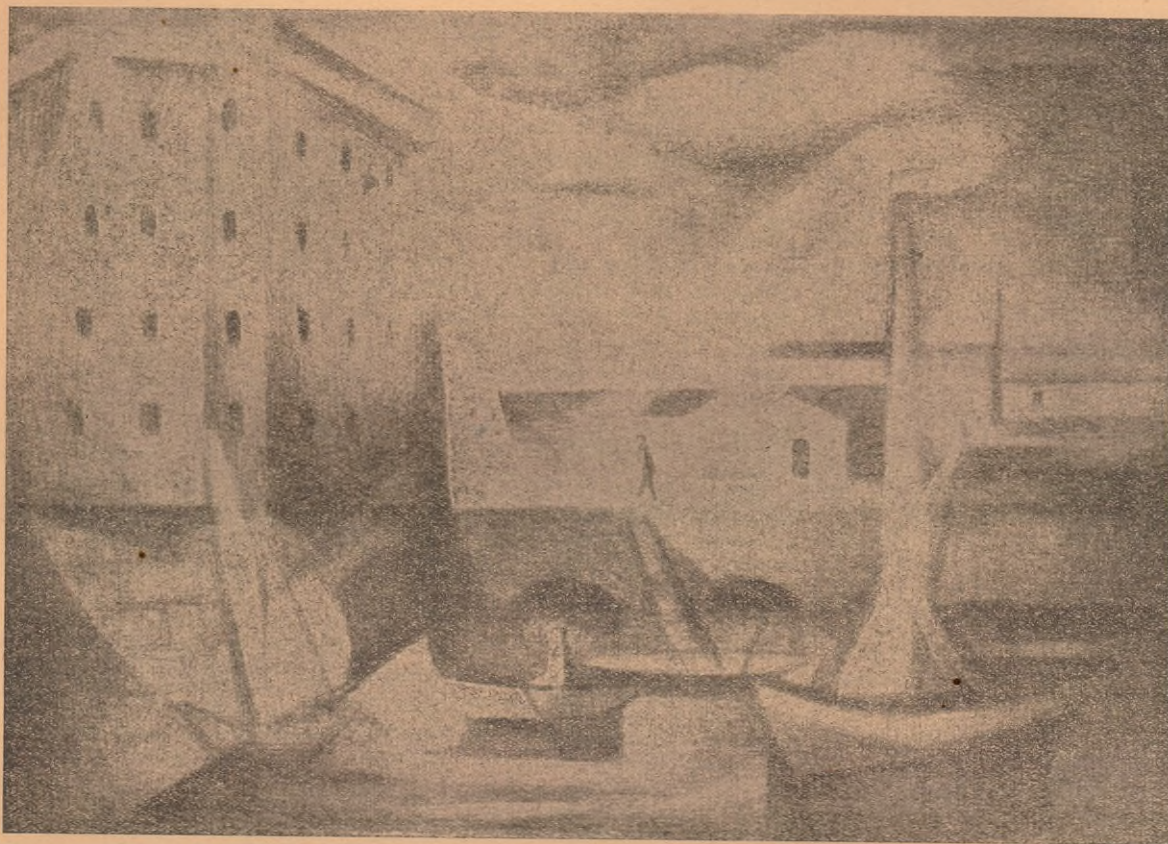
EL XI SALON NACIONAL DE DIBUJO Y GRABADO

La desorientación es ya de carácter crónico, pese a que los jurados, en su mayoría, están compuestos por artistas. Imposible comprender el criterio de quienes otorgan premios, aceptan o desechan obras. Parece ocioso tener que decir esto, después de repetirlo tantas veces sin ningún resultado, pero aunque fatigados insistimos: así nunca se conseguirá mejorar el trabajo artístico, porque desalentados los mejores, y confundidos los jóvenes, queda la puerta abierta al total desprestigio, que entrará vestido por los intrascendentes y los mediocres, con su lamentable feria de mezquindades.

Vale decir, que el mérito de las obras aumenta sin duda. Esto es positivo. El sólo hecho de haber separado este Salón del de Pintura y Escultura, demuestra su creciente jerarquía.

Dentro de lo bueno, cabe una gran parte de compañeros de AIAPE, que premiados o no, están en esa categoría. A ellos nuestro agradecimiento por contribuir con sus obras, a que se reconozca la importancia del Salón de Dibujo y Grabado.

No es que la pintura y la escultura estén bien consideradas —con ellas pasa lo mismo— pero hay un concepto generalizado que consiste



PAISAJE, por García Reino

¿Qué es lo que se pretende? ¿Alejar aún más el arte de nuestro pueblo? ¿O medrar unos y otros, a la sombra de las raquíticas recompensas oficiales?

Un ruín espíritu de concesiones vergonzosas, otorgadas entre bambalinas. Un obtuso sentido de rastacueros, es lo que surge triunfante del confusionismo.

Entre los artistas que componen este jurado —y también los anteriores— figuran varios de intachable conducta. ¿Porqué toleran un estado de cosas deprimente, hostil al desarrollo de nuestra cultura?

Hay premios dados, con el ostensible propósito de resaltar la menos importante de las obras expuestas por el autor. Y hay también otros, otorgados con tan oscuro propósito, con tan inextricable teoría, que convierten nuestra perplejidad, en algo así parecido al hastío o a la burla. Porque de alguna manera hay que reaccionar.

¿Y qué decir de las retribuciones acordadas? El Gran Premio de Dibujo o Grabado —distinción que pocos logran en su vida— asciende a quinientos pesos.

No será posible dar ningún paso adelante, hasta conseguir del Estado la adopción de radicales medidas, que conviertan la actual limosna en solución decorosa.

Lo exige la cultura del país y el elemental respeto que merece la vida de sus artistas.

Este es el clima: Confusión abigarrada.

Esta es la situación: Miseria y más miseria.

¿Cómo hablar entonces de fiesta del espíritu? ¿Qué palabras emplear que no sean huecas, frente a estos hechos?

Pese a todo se trabaja. Lo proclaman más de doscientas obras expuestas. Y se trabaja bien. Hay un notable mejoramiento de calidad en muchos, que levanta el índice del Salón.

No en vano se han realizado varias exposiciones memorables en los últimos tiempos, que demostraron su eficacia. No olvidemos la influencia que produjeron los americanos y los franceses, en su momento, renovando ya por su técnica o sus concepciones satíricas, el ambiente de nuestros grabadores y dibujantes.

Tuvimos a Portinari muchos meses, que generosamente brindó su sabiduría del dibujo. Y también hay entre nosotros verdaderos maestros, que se han formado a través de largos años de experiencia.

en subestimar el dibujo, olvidando que quien no lo domina a fondo, jamás podrá ser un buen pintor.

El análisis de las obras no será posible hacerlo aquí en razón de su número. Y hablar solamente de los premios, en las condiciones que señalamos al principio, es volver sobre algo que nos es odioso. Baste decir que hemos visto y vuelto a mirar el Salón, varias veces, hasta llegar a estas conclusiones generales.

Se impone una crítica ordenada de los distintos valores, como también de los que carecen de él. Habrá que hacerla más adelante, cuando se pueda respirar en los Salones, pero antes tendrán que esforzarse nuestros artistas plásticos por modificar la composición de los jurados, como también obtener retribuciones más dignas.

Mientras tanto hablar de la línea, el color, o la forma, al referirse a los Salones Nacionales, será distraerse en apacibles lucubraciones críticas, mientras hay un problema candente que urge resolver.

Exposición García Reino

La exposición de García Reino no fué indudablemente lo que esperábamos, ya que en ella vimos nada más que apuntes y goaches que no muestran ni remotamente un paso importante en la obra de un pintor. No cabe sino pensar que ellos han sido hechos con descuido, y lejos de revelar soltura y dominio manifiestan debilidad en el dibujo, mal corriente, por desgracia, en un buen número de pintores que se avocan luego a la solución de problemas mayores, sin haber cubierto esa etapa indispensable. Los goaches que se exponen denotan clara influencia lothiana. Como forma de escuela, señalan el es-

píritu de estudio de García Reino, pero de ningún modo es el suyo el lenguaje de un pintor sudamericano. Nos parece que el camino justo para que García Reino halle su forma expresiva, sería una inmersión profunda en nuestra naturaleza, en nuestros problemas, en nuestra temática. Así se evitaría el aspecto consultivo y amanerado de su pintura.

En particular, respecto de sus goaches, opinamos que resultan aceptables, desde el punto de vista del color, y llegan, incluso, a agradar; sin embargo, considerados en su formalidad plástica, adolecen de los defectos señalados.

Los Grabados de María Carmen

Una poesía cabal de soplo angélico recorre las formas. Un delicado dibujo, filigrana de armonías, expresa magistralmente su mensaje límpido, personalísimo.

Dominio del oficio, depurado hasta la síntesis, hasta la exaltación creadora, nos hace olvidar la difícil disciplina del grabado hasta el punto de exigirnos la contemplación atenta, inteligente. Su música interior no se percibe de inmediato, ya que las estridencias llamativas han sido cuidadosamente evitadas. La banalidad, el pintoresquismo —es decir, lo fácil— le son totalmente ajenos.

María Carmen Portela, se nos aparece en

estos grabados, en plena madurez de su talento. La punta seca, directa, sin engaños, es en sus manos de artista, un instrumento de maravillosa expresividad; enriquecido por su experiencia en la escultura, que le obliga a ceñir austeramente, en apretado haz, los más diversos elementos de composición.

Llegar al espíritu de las formas, es realmente la sutil tarea del verdadero artista. Quien como María Carmen, puede describir soñadoramente, su paisaje interior con tan alto lenguaje, sin perder el vínculo que nos ata a la vida, puede decir que se ha encontrado definitivamente.

GARCIA LORCA

El ateneo García Lorca expuso las obras donadas por los plásticos para ayuda a la República Española. No hace falta —porque es obvio— recalcar el significado moral del gesto altruista del importante conjunto de plásticos reunidos en la exposición. Y en el aspecto puramente artístico, deseamos destacar las muestras de los pintores Amézaga, Seade, Astapenco, Collazo Castro, Torres García, Adolfo Torres, Echave y Sereno, y las esculturas enviadas por Michelena y Savio.

logra satirizar con formas y color, exaltando éste hasta hacernos acordar, como decíamos, de los *fauves*, y exigiendo de aquella en hábiles trazos el ritmo necesario.

Su preocupación esencial podría resumirse así: Expresar el recuerdo de hechos u objetos vinculados con una realidad remota o cercana. Pero nunca su representación directa, ni su copia, sino la interpretación ordenada por cauces mentales, desde lo más profundo de la conciencia. Se enfrenta con la realidad, la percibe, y en un momento dado de su creación la convierte en síntesis.

Su exposición fué realmente un hecho auspicioso, y no hay duda de que nos encontramos ante un nuevo valor en las artes plásticas.

Las Exposiciones Hans Plastchek, en el Ateneo

Un equilibrado conjunto de valores, presentó este joven artista, a través de sus óleos, goaches, pasteles y dibujos. Poseedor ya de una depurada síntesis expresiva, subraya el carácter tanto en la línea como en el color. Forma o deformación, se ordenan para participar en cada una de sus composiciones, sin sobresaltos de búsqueda incierta, ni audacias torpes de principiante.

Lo que entre nosotros es mero exo-

tismo o copia servil, adquiere en este europeo por origen e intelecto, una feliz elocuencia, sin propósito efectista. Su color no lucha simplemente por resolver problemas de pintura abstracta, sino por expresar pasiones o impresiones, a menudo violentas. Rojos, verdes, amarillos, nos sorprenden con su gama de antítesis. Hay más de un recuerdo de los *fauves*; también aparece en algunos óleos "la luz pictural" post-cubista; pero

indudablemente a quienes más debe es a los expresionistas alemanes, que han ejercido sobre él una fuerte influencia.

No hay más que observar sus retratos, para comprender esto, sin desmedro de su originalidad, ni pretensión de encasillamiento. Es también en los retratos donde pueden apreciarse sus condiciones de pintor, ayudadas por una fina sensibilidad.

De las gouaches podemos decir que



"CACHITA", por A. González

Ramón Pereyra, en la Asociación Cristiana

Un nutrido conjunto de óleos y algunas acuarelas, con una temática predominantemente popular, forman esta Exposición. Ya nos hemos ocupado de la obra de Pereyra; en otras ocasiones, saludamos oportunamente lo que había en ella de positivo. Se trata de un pintor, que aún debe luchar con dificultades técnicas, superándolas con un talento natural que resuelve *alla prima*, lo que en otros es producto de una elaboración lenta, o de una cultura que les permite decantar los elementos útiles a su creación artística.

Con dificultades o no, lo cierto es que pinta con fervoroso entusiasmo, comunicando sus hallazgos a la tela con tal vibración e impulso, que sostiene la armonía de sus concepciones, pese a algunas fallas de estructura. Hombres bien dotados como él deberían merecer una beca, que les permitiera ir al extranjero para completar sus conocimientos con la amplitud que concede la frecuentación de medios más desarrollados culturalmente que el nuestro.

La Calle Apartada

Por SELVA MARQUEZ

Uno de los tres jugadores que quedaban en la mesa esparció la baraja, eligió un naipe al azar y volvió a echarlo al montón encogiéndose de hombros:

—Ya ves —dijo, continuando la conversación—. Ya ves: el as de bastos. Y cosas así. A uno le falta siempre algo que brille...

—Hay que buscar —respondió el otro.

—¿Y yo no busco? Buseo. Lo que pasa es que no hay nada... ¡Nada!

—Sí, claro. Aquí... Esta vida es demasiado chata y monótona.

—Por eso quizá el azar o una palanca... Me parece a mí. Porque en otros lugares uno apenas se agacha y ya recoge pepitas de oro, como si dijéramos. ¡No! Supongamos la vida en las montañas... ¡Qué de temas! ¡A montones! Pero, acá...

Barajó los naipes, distraído y añadió:

—En fin: ya que no un tema, dame un título. O una frase inicial. Pero algo con originalidad.

El tercero, que fumaba en silencio, dijo de pronto con énfasis teatral:

—En una calle apartada...

Y los tres se rieron.

Mientras reían, alguien abrió la puerta del almacén y una muchacha que pareció salir de la noche, mojada por un aire negro, entró y los rozó al pasar. Era una muchacha flaca de unos trece años. Nada anunciaba en ella a la mujer futura; estaba como desvanecida detrás de su insignificancia.

Los tres se volvieron un instante y luego continuaron la charla.

—¡Vaya un comienzo! —dijo el que había hablado primero—. Con eso se puede levantar un rascacielos, ¿no?

—Un crimen puede empezar así —dijo el que había propuesto la frase.

—¡Bah! ¿Y soy yo autor de novelas de detectives?

Después llegó el cuarto jugador, se agruparon de nuevo y repartieron las cartas.

Mientras tanto, la muchacha había terminado sus compras y salía cargada de pequeños paquetes apretados contra su pecho liso. Llevaba el cabello crinado recogido detrás, atado con una cinta oscura que se desflecaba. Los zapatos demasiado grandes, que calzaba, hacían un curioso cloqueo. Cuando salía ya, uno de los jugadores cantó:

—Linda flor la de mis pagos... Y la almacenara, que aseguraba la puerta sacudida por el viento, tuvo una risa despiadada:

—Sí, sí: ¡vaya una linda flor! Quién va a decir que mañana cumple quince años! Yo, a los quince...

Nadie le hizo caso.

Era una calle apartada, un proyecto de calle quizá, que corría hacia abajo y moría entre las toscas de la playa. Un ortegal se cuajaba en amatistas a la orilla de la calzada insinuada apenas con piedras sueltas. Las hormigas pelaban concienzudamente los salvajes arbustos florecidos.



Ilustración de Pequera.

Había una casita miserable detrás de una vieja higuera y a la puerta del cercado de pitas la muchacha, que estrenaba esa mañana sus menudos quince años, como las princesitas de los cuentos, gritaba entonces a los vientos, como si llamara pájaros.

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Chiiicoos!

Las sirenas de las fábricas ululaban a lo lejos.

Una mujer desgredada salió también, enjugándose las manos en el delantal. Las dos mujeres eran iguales, empujadas y sin ninguna gracia.

—¡Estos muchachos! —dijo la más joven, pero su exclamación no fue en tono de reproche.

—Y eso que saben muy bien lo que tenemos hoy —exclamó la mayor. Y se rió.

La risa parecía desusada en esa cara seca, de ojuelos tímidos y desconfiados y grandes arrugas que la cruzaban como rejas. La muchacha gritó casi, de pronto, señalando la distancia:

—Allá viene José!

Llegaba despacio, sonriendo desde lejos. Cuando estuvo cerca miró a las mujeres como a cómplices, ligeramente enrojecido. Entró con la cabeza gacha. José era también un chico grande, desgarrado, feo, torpón. Olía fuertemente a aceite. Cuando estuvo bajo el alero de la pieza, dijo con aire de júbilo:

—¡Está pronto!

Y los tres se rieron como en una fiesta.

—¡Viniste temprano hoy! —dijo la hermana.

La casa y el lugar estaban inundados de un rico olor a buena comida. En la cocina, el sol de mediodía hacer erujir los cines del techo y un canarito preso, borracho de luz, hacía encajes, como una hilandera.

La muchacha de los quince años preparaba una mesa para su fiesta, una mesa inusitada, de mantel lim-

pio y oloroso a ruda, de platos de loza con ribetes azules (los del lejano casamiento de los padres), de cubiertos de metal bien fregoteados (los restos de los cubiertos del casamiento de los padres), con vasos incluso, desaparejos y desportillados. Colocó unos malvones en un jarro y contempló el conjunto. Luego, al sentir pasos, retiró rápidamente las flores, avergonzada del gesto desconocido en la casa y que podía prestarse a burlas.

Llegaban los chicos. Eran tres. Y detrás estaba el padre, con su uniforme de portero y el sombrero en la mano. El padre entró y dijo después de un largo silbido:

—¡Ajá! ¡Qué lujo! Y eso: ¿cómo va?

—Bien —respondió la mozueta—. Yo hice casi todo. Ya van a ver, qué rico está.

—¿Pollo? —preguntó el padre alargando la cara.

—Y las otras cosas.

—¡Habrás costado un dineral! ¡Ya me harán cuentas, después!

—¡No cumplo acaso quince años? Y luego, en funciones de persona responsable, la del cumpleaños pasó revista a los tres hermanos, y ordenó, perentoria:

—¡A lavarse las manos! ¡Pronto!

Juntos, los padres y los hijos mayores parecían los cuatro como hechos con la misma sustancia, una arcilla ligeramente grisácea y fácilmente resquebrajable. Empero los ojos del padre eran los mejores: risueños, limpios, abiertos como los de un niño que recién pregunta el porqué de la luna y muy viejos a la vez, como húmedos de lágrimas, como detenidos a la orilla de todos los respetos, como pidiendo perdón y como cerrándose ya.

¿Quién no conoce al viejo don José de esa calle apartada? ¿Cuántos años más de sesenta y menos de cien ta tiene ya don José? Va al almacén, bebe su cañita a escondidas de su

mujer vocinglera, peleadora, siempre nerviosa y luchando por el pan de cada día y sigue hasta su casa, escondida en esa calle apartada que muere en el mar, hablando solo con sus duendes y resolviendo sus graves problemas a cabezazos. ¡Este don José, tan bueno!

Llevada por un impulso que no alcanza a refrenar, la hija mayor, (la única mujer entre los hijos), se le acerca, le pasa el brazo por el cuello y le besa la mejilla. Ese beso es también un lujo desconocido en esa casa. Don José se limpia la mejilla besada, con la manga, se ríe y parece talmente que fuera a echarse a llorar. Los otros, para disimular, cambian un banco de sitio, gritan hacia afuera:

—¡Chicos, a lavarse, pronto!

José se suena con el estrépito de una corneta de caza. Azorado, don José busca dónde colgar su gorra. Después dice, como recordando algo urgente.

—¡Ah! Voy a echarle a las hormigas...

La mozueta ha destapado la olla que ronca alegremente en el fuego generoso como nunca y la envuelve la gasa del humo claro con delicioso olor a especias, a misteriosas frituras apenas perceptibles en el espeso caldo gordo, en donde sobrenadan los chorizos de hinchado lomo negro.

Con la botella de hormiguicida en la mano, el viejo don José se acerca por detrás, para oler. ...

Ha sido un sólo grito. Un grito largo, en seguida un desorden, como de lucha y luego el silencio. ¡Ah! ¡Qué silencio!

Los tres muchachos más pequeños se han quedado a la puerta de la cocina. Junto a la olla recién quitada de sobre el fuego, se agrupan los mayores: el padre, que tiene aún asida, en la mano que tiembla, el cuello de la botella de hormiguicida; solamente el cuello; el hermano José, que alarga la cabeza y mira, mira, mira... y la madre, alelada. Y la mozueta de los quince años quieta, apretándose una mano que se ha quemado.

Y allí está la olla de la comida para la fiesta, una olla panzona ennegrecida por el largo contacto con el fuego; y dentro de la olla, entreverados con los manjares que se cocinaban, trozos de vidrio y el líquido venenoso cubriendo el caldo espeso.

¡Ah! ¡Ah! Don José que se ha bebido unas cañitas de más! ¡Cómo ha sido, viejo don José? ¿Cómo pudo tropezar la mano temblona con el caño de la chimenea, cuando se acercara a oler y levantó el brazo en la broma de una posible repulsa de su hija? ¡Qué puede hacerse ahora, viejo don José, con la mesa puesta para el almuerzo de la doncellita y nada más que pan seco para los cubiertos recién fregoteados, para los platos de las solemnidades, para la lambruna despierta de los niños y la de los mayores?

¿Cómo resarcirse del gasto inútil, los pollos sacrificados, las especias caras, los embutidos para mesas ricas, todo el esfuerzo y el dispendio para unos quince años esperanzados que están allí quemados, que se quieren sobreponer a la catástrofe, que se crispan y se abandonan finalmente al llanto?

Con el llanto de la mozueta se rompe el hilo. Entonces la mujer salta, furiosa. Ella sabe bien lo qué cuesta

PABLO NERUDA

SÍMBOLO DE LA CULTURA LIBRE AMERICANA

El problema de Neruda es la piedra de toque para la cultura de América. Aquí se definen claramente las posiciones, porque ahí triunfará el despotismo criollo unido a la intervención extranjera, o el pueblo americano libre, y su cultura. En concreto, el dilema es muy sencillo, pues, tan sencillo como el proceso de los hechos que llevaron a Neruda hasta su condición actual de perseguido. Un hombre llega a la presidencia de Chile gracias a la confianza de su pueblo; una vez en el alto cargo, traiciona su palabra, su programa, se da al poderoso dispensador de favores yanqui, y su gobierno se alía con la oligarquía nacional y el imperialismo internacional. Un poeta—el más ilustre poeta vivo de América—lo acusa. El dictador lo persigue: eso es todo. Y frente a eso, hay que decidirse: por uno, o por otro, por América o contra América, por la libertad o contra la libertad. La historia se repite, porque es, el presente, dilema semejante al que enfrentó a Sarmiento con Rosas, a Montalvo con García Moreno, a Martí con el colonaje. Será vano que los diarios y las agencias telegráficas se reúnan para inventar mentiras respecto a Neruda, y para falsificar visitas suyas a Salto; será vano que algún ebrio niegue a Neruda virtud poética. En definitiva, Neruda triunfará, como Sarmiento, como Montalvo, como Martí. Cada hecho nos asegura en esa certidumbre, y en esa confianza, cuyo cumpli-

miento debemos acelerar hasta el máximo con nuestro esfuerzo solidario hacia Neruda. Y difundiendo la verdad que Neruda defiende. Nadie alegue ignorancia ante el problema: acaba de publicarse en Montevideo un libro que contiene, entre poemas últimos, el texto de la "Carta íntima a millones de hombres" y el discurso pronunciado en la Cámara Alta de su país por el senador Neruda. Conociamos ambos documentos, y sin embargo, el tenerlos juntos, el leerlos uno después de otro, nos ha dado el tamaño exacto de la infamia, la dimensión inequívoca del fraude, del crimen, del atropello, de la violencia, de la maldición. Quien dude aún, lea ese libro. Entonces, sabrá por qué estamos con Neruda, por qué pedimos para él la más grande solidaridad, el más encendido y militante fervor: Neruda soy yo, somos nosotros, es América mirada y sentida desde América, y todo ello dicho hasta ser lugar común su enunciación.

"Aquí dos nombres, el del acusador y el del acusado. Dos nombres enlazados por la fatalidad de la historia. Entonces veremos, señor fiscal, cuál de los dos cargará con la bendición de la posteridad".

Estamos, sí, con Neruda—y estémolo en la lucha concreta por él—estamos con Neruda por tal certeza, por esa justísima apropiación total como hombre, como poeta, como pueblo, como destino, de la posteridad.

Vicente Huidobro

El dos de enero de 1948 murió en Santiago de Chile, su ciudad, Vicente Huidobro, "antipoeta y mago", o para decirlo también con sus palabras, "Altazor azor fulminado por la altura". El año americano se inauguraba con tan desdichado signo, y el grande creador entraba en el silencio, días antes de cumplir 55 años.

Con Huidobro moría el protagonista de una de las más fundamentales y vastas revoluciones literarias que hayan sabido las letras hispanas: su influencia, y la remoción de su doctrina sólo encuentran pares en la influencia y la estética de Darío. Siguiéndola cronológicamente, Vallejo y Neruda concluirían por otorgar a la literatura americana proceridad mundial; pero quien hizo triunfar en Europa la poesía nacida en América, fué, y no se discute, Vicente Huidobro.

Al aparecer este número de "AIAPE", transcurrirán los ocho meses de la muerte de Huidobro. "AIAPE" quiere celebrar y reconquistar su memoria de poeta y creador, más allá de las actitudes controvertibles de Huidobro, a veces alejado, quizá por el fuego de su auténtica pasión, de tantos y tantos generosos gestos que lo destacaron también como hombre. Y mientras "AIAPE" exhorta a que se otorgue a su obra—por encima del extraño olvido con que se recibió su muerte—el fervor que merece, publica un maravilloso fragmento de su poema "Altazor" en que lució, acaso, su genio, en su más definitiva y revolucionaria grandeza.

DE "ALTAZOR"

*Mujer el mundo está amueblado por tus ojos
Se hace más alto el cielo en tu presencia
La tierra se prolonga de rosa en rosa
Y el aire se prolonga de paloma en paloma*

*Al irte dejas una estrella en tu sitio
Dejas caer tus luces como el barco que pasa
Mientras te sigue mi canto embrujado
Como una serpiente fiel y melancólica
Y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro*

*¿Qué combate se libra en el espacio?
Esas lanzas de luz entre planetas
Reflejo de armaduras despiadadas
¿Qué estrella sanguinaria no quiere ceder el paso?
¿En dónde estás triste noctámbula
Dadora de infinito
Que pasea en el bosque de los sueños?*

*Heme perdido aquí entre mares desiertos
Solo como la pluma que se cae de un pájaro en la noche
Heme aquí en una torre de frío
Abrigado del recuerdo de tus labios marítimos
Del recuerdo de tus complacencias y de tu cabellera
Luminosa y desatada como los ríos de montaña
¿Irias a ser ciega que Dios te dió esas manos?
Te pregunto otra vez*

*El arco de tus cejas tendido para las armas de los ojos
En la ofensiva alada vencedora segura con orgullos de flor
Te hablan por mí las piedras aporreadas
Te hablan por mí las olas de pájaros sin cielo
Te habla por mí el color de los paisajes sin viento
Te habla por mí el rebaño de ovejas taciturnas
Dormido en tu memoria
Te habla por mí el arroyo descubierto
La yerba sobreviviente atada a la aventura
Aventura de luz y sangre de horizonte
Sin más abrigo que una flor que se apaga
Si hay un poco de viento*

LA CALLE APARTADA

(Continuación)

ese esfuerzo! Ella, la que lava para afuera, la que se levanta en plena noche para el trabajo, ella puede gritar. Y grita. Grita.

Es en torno al viejo don José que rueda el huracán. El huracán que se lleva los techos, rompe las paredes, abate los árboles, destroza los nidos, hace rodar los tachos sueltos en el pelado terreno con un ruido de infierno, hace bailar enloquecida a la figura de la veleta en la casa de los azulejos, allá, a dos o tres cuadras de distancia... el centro es don José.

Entonces, don José toma su gorra. Toma su gorra y sale. ¿Qué menguada figurita, tan flaca, bajo el sol en el cenit! Sale. En la calle apartada nadie anda a esa hora, sal-

vo el burro que se come las amatistas de los cardos. Don José se deja llevar por la calle que anda cuesta abajo hacia el mar. Ya llega a la oscura playa de toscas y llega a la orilla del agua en donde la resaca deja un pringado festón oleoso.

Pero las piernas de quince años, unas piernas muy flacas y quemadas llegan más ligero. Y una voz serena, en donde no hay la menor rajadura, una voz lisita y clara de muchacha, dice:

—Pero: ¿dónde va, papá? ¿Qué va a hacer, viejo, si no se ha puesto el traje de baño?

El regreso, cuesta arriba, es más lento. La muchacha recién estrenada en mujer, va diciendo, serenamente, esas cosas sin hilación, un poco tonas, ciertamente hasta ridículas, que se dicen cuando no hay nada que decir. Palabras. Pero palabras claras como la voz. Palabras, algunas de ellas mal dichas, porque la don-

cellita ha frecuentado poco la escuela, y que apenas pueden traducirse al lenguaje corriente y correcto, como no es posible traducir la congoja. Dice algo así:

—¿No sea bobo, viejo! ¿Disgustarse por eso? ¿El día de mi cumpleaños? ¿Está loco? ¿Y Vd. se cree que es esa la sola comida rica que íbamos a tener en la vida? ¡Avise! ¡Yo pienso hartarme en cuanto pueda! Porque voy a poder, ¿qué se cree Ud.!

Y ya en la casa, ante la madre callada que busca ansiosamente algunas verduras marchitas para improvisar un pobre comestible de emergencia, la hija crece y crece. Ya es más alta que los campanarios. Desde allá arriba mira al mundo a sus pies, ordena caminos, limpia las viejas telarañas y lanza al viento más alto las cenizas de una montaña de cosas viejas que ha quemado en un rincón del mundo. En ese rincón del mundo de la calle apartada.

—¡Este viejo! Parece que chochea, no más! ¡Mire un poco! Y diga: ¿no se perdió acaso el mundo en el diluvio? ¿Y no siguió lo mismo el mundo?

El viejo, sentado en un banco, mira hacia afuera. Casi se pone a sonreír. Cuando mira erector a su hija, se le encienden luces en el agua de los ojos.

Detrás del cerco de pitas, lejos, sobre el mar que reverbera, una ballandra se mece suavemente. Como una gran cuna blanca.

Esa misma noche, el primer jugador decía las mismas palabras de la noche anterior:

—Esta vida monótona... chata... Si aquí nunca pasa nada! Todavía si uno pudiera, por ejemplo, irse a una montaña...

Y el cuarto jugador, que ganaba, volvía a cantar:

—¡Linda flor, la de mis pagos...!

Metamorfosis de Evelyn Waugh

Escribe RODRIGUEZ MONEGAL

I

Una mañana de enero de 1946, Evelyn Waugh, novelista católico, se despertó famoso. Su último libro, "Brideshead Revisited", había sido proclamado en Norteamérica "El Mejor Libro del Mes"; su correspondencia se había enriquecido con cientos de cartas femeninas, inquisitivas y familiares, fervorosas y pedantes. Había también una masculina: respetuosa y equivocada. Waugh tenía entonces 42 años, cuatro hijos de un segundo matrimonio, una experiencia de corresponsal extranjero en Abisinia y de paracaidista en Yugoslavia, un discreto y calificado pública en Inglaterra, el premio Hawthornden de 1936 por su biografía del jesuita Edmund Campion, y la gracia del Señor, doblada por la protección de la Iglesia Romana, desde 1930. No interesa describir ahora su estado de ánimo en aquella mañana invernal del 46. Por otra parte, el propio Waugh lo ha hecho —alegremente— en un artículo para "Life" (Fan-Fare, 8-4-46). Interesa, en cambio, señalar, en sus rasgos más generales, la evolución sufrida por este escritor, desde la sátira grave o frívola de los primeros libros hasta la ironía sentimental y afirmativa del último. La traducción castellana de tres de sus novelas más características permite al crítico apoyarse en textos ampliamente difundidos en nuestro medio. (1)

II

PRIMICIA (Scoop) es de 1938. La irresponsabilidad criminal, la general incompetencia, la improvisación y el afán de lanzar una primicia son —a juicio del autor— las características más notables del periodismo británico, o sea: del mundial. Estas conclusiones poco alentadoras (más graves que las que las que balbuceara Duhamel en Montevideo) no provocan la cólera de Waugh; antes bien, justifican una alegre y despreocupada narración, poblada de sano humorismo, casi siempre legítimo y tolerable.

En este tipo de obras, ya se sabe, el argumento es lo de menos. Es decir: cuanto más disparatado, más esquemático, servirá mejor a los propósitos del autor y a la superficial atención del lector. Una pretendida revolución en Ismaelia (léase: Abisinia) justifica una enorme afluencia de periodistas internacionales, inescrupulosos cazadores (o inventores) de primicias. Con ellos acude Boot, de THE BEAST, novato en el oficio, ascendido a corresponsal extranjero por irresponsable equivocación. Como era previsible, será Boot quien consiga la primicia y regrese victorioso a Londres, para hundirse, feliz, en la mediocridad rural a la que pertenece. Una confusión inicial —no por manoseada por los humoristas, menos graciosa— pretexta algunas de las mejores páginas del libro, ricas en apuntes satíricos; una confusión final se opone simétricamente a la primera y cierra jocosamente la fábula.

Esta novela revela un Evelyn Waugh bastante inmaduro. Su sátira demuestra ser más eficaz (y hasta corrosiva) al esbozar vertiginosamente las costumbres inglesas, que al trasladar sus armas a la lluviosa Ismaelia, envuelta en la siesta. Ni siquiera un episodio sentimental (poco sentimental) consigue acelerar la acción, bastante decaída a esta altura. Los últimos capítulos, en Inglaterra ya, recuperan la levedad inicial y aumentan por consiguiente el interés.

III

¡... MAS BANDERAS! fué publicado en 1942. Waugh intentó captar el espíritu de un período característico de nuestro tiempo: setiembre 1939 junio 1940 —desde la invasión de Polonia hasta la caída de Francia— ese momento que en Francia llamaron "drôle de guerre" y en Inglaterra "the Great Bore War", el momento en que Hitler aniquiló, militar y polí-

ticamente, la camarilla internacional que lo alentara en Munich, la época pre-churchilliana. Waugh ofrece implacablemente esta Inglaterra decadente y vacía, ciega, irresponsable. Su sátira no perdona a nadie y tiene la impunidad del cazador certero. El protagonista, Basil Seal, es un amoral, simpático y canallesco, una figura que indudablemente inspiró al Rex Harrison del film inglés RAKE'S PROGRESS (Truhán con suerte, 1947). Pero la amoralidad de Seal no provoca ninguna resistencia en el lector, su maldad impersonal se ejerce sobre seres tan miserables en el fondo como él mismo, tan descarriados e impersonales como el escritor Ambrose Silk o el político Sir Joseph Mainwaring. Apenas alguna ciega inocencia es afectada (Mrs. Lyne, por ejemplo). Seal, su mundo, su circunstancia, —tan reales entonces, tan fastasmales ahora, después de toda la guerra— aparecen nítidamente dibujados por el autor en esta obra maestra de humor, de lucidez.

La sostenida calidad de esta novela es casi inafectada por algún desmayo de la ficción, algún enlace torpe de la acción, alguna estridencia aislada. El fino sentido del ridículo jamás desfallece, la luminosidad de la crítica no se altera. Y el lector goza esta justa venganza, impecablemente realizada, esta limpia ejecución.

IV

RETORNO A BRIDESHEAD es de 1946. Cuatro años de guerra han cambiado profundamente el cuadro y han convertido al hombre. Y, en realidad, el lector siente que tras las memorias sagradas y profanas del capitán Charles Ryder, se pueden hallar algunas memorias del también capitán Waugh, y que este Brideshead que el protagonista recupera guzamente es, en parte, la Inglaterra entre —dos— guerras, donde vivió y se formó y amó el autor: una Inglaterra evocada con el corazón, diluida la crítica habitual hasta una ironía doméstica, colmada cada página de emoción y hasta sentimentalismo, atravesado el libro entero por la voluntad de afirmar la fe en Dios y la fe en el Hombre. Y hasta el mismo lastre puramente satírico del libro —la figura equívoca de Anthony Blanche, la guerra silenciosa entre Ryder y su ridículo padre, la frustrada conversión de Rex Mottram— acaba por no advertirse junto al espíritu realmente evangélico (en el estricto sentido de la palabra) que impregna cada página, que informa la novela.

Se comprende que ante este libro, un lector asiduo de Waugh (un lector tan inteligente como Edmund Wilson del NEW YORKER) pueda discrepar. No es difícil apuntar las debilidades de su ejecución y concepción: sensiblería, embotamiento de la sátira, evidente propaganda optimista, proselitismo religioso. En el artículo citado al comienzo de esta nota, Waugh intentó despegarse de algunos de estos cargos. Ignoro si lo consigue. Sé que para todo asiduo lector, un libro como ¡... MAS BANDERAS! es mejor: sé que Waugh no ha llegado a conciliar su arte novelístico ya maduro con este nuevo enfoque, practicado en esta obra, y sintetizado en estas palabras: "De manera que en mis próximos libros habrá dos cosas que los hagan impopulares: una preocupación estilística y el intento de representar al hombre más íntegramente, lo que (para mí) significa una sola cosa, el hombre en su relación con Dios".

Pero quizá no sea justo reprocharle que intente una nueva vía. Aunque no haya llegado aún, aunque no llegue.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

(1) La editorial Sudamericana ha publicado ya, entre 1947 y 1948, estas tres novelas de Waugh: Scoop, Put Out More Flags y Brideshead Revisited. Las traducciones son en general correctas.

Dos Poemas de Carlos Brandy

Cierra la puerta

al gris del alba desembarcaremos

Este olor a cintura es el pretexto que nos une

este viento que nos mueve los ojos

cuando al despertar no hay más que ventanas que se cierran

Ahora que las rosas se hunden

nuestras valijas no guardan sino objetos desaparecidos

Nuestra sombra

es un teléfono

negro

Después empezaremos

a morir por nuestra

sombra



AQUI ESTOY

LOCO VIAJERO ENSOMBRECIDO

UNIDO AL ULTIMO TREN

QUE YA NO SALE

QUIEN ME DARIA ESTE VIAJE

LAS SOLITARIAS MANOS

DE MORIR CONMIGO

AQUI ESTOY

MIRADME

LLEVO AL SALIR EL CUERPO QUE YO TRAJE

LA MISMA SANGRE

EL MISMO GLOBULO DE SANGRE

LA MISMA GOTA DE SANGRE

SALID Y BESADME

JOVENES MARTIRES

HE DE SALIR AL VIENTO ULTIMO

EN EL MISMO VAGON LOCO DE CARGA

QUE ME TRAJE DE VIAJE

Una noble serenidad, casi podríamos decir, una augusta serenidad, rige esa meditación sin pausas que es el "Cuaderno de Otoño", de Julio J. Casal. El silencio de catorce años, nos ha devuelto un poeta que, en gracia melancólica, en reflexión tenaz y visión retrospectiva, en madurez cumplida y bien aprovechada responde exactamente, como pocas veces puede darse, al título de su último libro. La cuidada adjetivación sin genuflexiones a modas, sin abundancia hojosa primaveral, el verso certero y fino, el aire y la sustancia imponderable que trata (recuerdos, ensañaciones, vagas presencias definidas, sin embargo con trazos certeros) componen esa larga sinfonía, en donde puede sentirse el vacío que deja en los aires la flor que cae; compuesta con sonos tan bien templados, tan acuosos algunas veces, tan lejanos, como si respondieran también ellos a alguna música que es solamente nuestra.

"Vas paloma sin alas por mi aire tñ perfil diluido te hace exacta".

Una larguísima hora marca el reloj de ese libro; una hora nacida en los años de la inocencia y lanzada hacia un indefinido porvenir de nieblas. De aquellos antiguos días el poeta se trae un rumor vivo: porque no hay nada de fotografías descoloridas de álbum en ese recordar sino cosas que allentan como a través de un milagro, golpe aún sonando, miedo aún despierto, sonrisa intacta, paso que camina.

"Yo recuerdo aquel golpe de hacha sobre el leño..."

Es una mirada de crepúsculo, una lenta y detenida mirada sobre paisajes que ha defendido el sol de un mediodía lejano; relámpagos de aromas y de voces saliendo de la nueva penumbra, asidos en su brevísimo tránsito y recompuestos, para una actualidad asombrada, en calidad de cosas vivas.

"Aquel color no se me quiere ir. Mi hermana Blanca lo tiraba al aire. Caía redondo. Aún lo veo encenderse en su mano..."

Con una obsecuencia denunciadora del estado de ánimo del poeta en esa hora sostenida a lo largo de todo el poema que es el libro, se habla de la hiedra, se la siente como subir y recubrir viejos muros, como revestimiento siempre verde, gracioso, frágil y perenne a un tiempo, sobre un pasado al que de algún modo se desea liberar de realidades menos bellas cubriendo las desgarraduras que le ha hecho el tiempo o la reflexión.

Lluvias cayendo desde imprecisos tiempos, hiedras, álamos, nieblas, madre muerta, mujer ausente y presente indefinida sin rostro ("Andas sin rostro por el sueño. Así puedo mirarte como eres") son los principales ejes en torno a los cuales ruedan los versos como en música, las variaciones sobre un mismo tema.

Los versos se disponen claros, concisos. Su leve arquitectura, su esbeltez, un aire de misterio que los nutre no empujan la existencia de robustas raíces bien ahincadas a la tierra y viviendo de las sustancias de la tierra.

Profundamente española es la forma y española la idea; pero el poeta se siente desvinculado en la casi totalidad de la obra, de leyes clásicas, hacia las que está regresando de a poco la poesía contemporánea. Fluye el verso limpio pero sin cauce pre-delimitado. No parece haber habido una preocupación por el ordenamiento del poema, de tal manera surge y sigue en forma perfectamente natural y espontánea; pero la ausencia de puntas agudas, de estridencias, de disonancias, y la consecuente inalteración que hacen tan digna su poesía, revelan una labor severamente controlada, para que el todo pudiera mantenerse en el tono de una tarde quieta de otoño.

Todo el libro de Casal es una tarde quieta de otoño. Su rebelión contra el tiempo que se le ha llevado tanto sor, no es de inútiles alaridos; es una confesión que no le impide, sin embargo, saborear una belleza presente hasta con delectación golosa.

No es un elegíaco sino un soñador cuya ensañación no lo evade tan completamente de la realidad como para dolor que parecía no haber alcanzado a ser herida demasiado profunda.

no sentir, de ella, su calor presente y su sabor de fruta.

Buen libro, en fin, es este "Cuaderno de Otoño", sin ocasin incendiados ni tempestuosas mareas, que debiera haber llevado en su segunda parte este verso de uno de sus poemas:

"...Despertando del pecho de una muerta está mi infancia..."

Pero que muy bien dice en su comienzo:

Otoño, me vas dando tu mar dorado...

No mejor lo hubiera dicho, sin prisa y sin amargura, el mismo Omar...



CANTO RECUPERADO. Biblioteca Alfár.

Elia Gil Salguero nos había dado anteriormente cuatro libros, prosa y verso, que exponían un talento poético resuelto en gracia y sencillez, manifestaciones de una femineidad sensible a todo lo bello, a la más honda ternura por todas las cosas, incluso a los animales (recordemos "Corazón y Lobo", prosa poemática hilvanada en el recuerdo de un perro) y que escondía, bajo una clara sonrisa muy natural, un

a tener otra apariencia distinta, dejar sentir más una soledad y un dolor de ausencia, es, si se nos permite la comparación manida, otro canto más de la alondra que hay en Elia y que se suma a los precedentes.

El libro, muy bien presentado, con una bella carátula de Amalia Nieto, contiene 38 poemas en su primera parte y tres en la segunda parte que la autora ha llamado "La ausencia dialogada". Lleva dos elogiosos comentarios de Juan José Morosoli y de Julio J. Casal, respectivamente, y como póstico, un poema de Juvenal Ortiz Saralegui y cuyo título, Canto y Llanto, dice muy bien de la naturaleza de la poetisa y de su poesía, que,

"luego canta, y su llanto se evapora, como las villancicos de la aurora, entre los ritornelos de la tarde".

Podemos destacar, entre los poemas, "Mis adioses", "Hambre", "Pequeño Motivo", "Mañana", "Canción de olvido".

Felizmente, estos poemas-canciones de Elia, como dice en el que da nombre al libro: :

"pero tú vienes y eres (nunca y siempre esperado) ... Un encontrar el Mundo por tus brazos.

LIBROS URUGUAYOS

Este otro libro suyo, Canto Recuperado, quiere mostrarnos otra faz de su intimidad, en posición de gravedad y reflexión ante el mundo. En verdad, y con esto creemos hacer el mejor elogio de la autora, Elia Gil Salguero sigue una línea que apenas se altera en el color, desde sus primeros cantos a este último. La esencia poética, en ella, tiene un mismo valor desde su principio, aunque antes expresada en forma más desigual y ahora ya firme y segura y de una corrección muy difícil de conseguir, por otra parte. Algo, que indica esa leve alteración en el color, distingue sin embargo perfectamente sus primeros poemas de los que integran este último libro: una atención más detenida en el latido de sus propias venas y de las venas del mundo; un acento más grave; una precisión en la desvelada angustia que antes podía aventar con sus sonrisas, y una seguridad en el alba. De los cantares de "Levedad", por ejemplo, hasta estos de su "Canto Recuperado", no va más distancia que desde la media mañana hasta la media tarde. Antes luz apenas velada, ahora luz velada por la seguridad de que la noche va a llegar:

"Mi cantar, boca de llanto

abierta, que fué alegría,

"Mañana serán hermanas

tu dicha de hoy y mi pena..."

Todo el libro y todos los libros de Elia Gil Salguero son en realidad cantares, como esos mismos que dicen los pueblos y que, desligados del trascendentalismo, tienen, empero, toda la profundidad y la gracia y la gravedad de los refranes.

Por eso nos ha llamado desde el principio la atención el título de este libro que comentamos, y que es el de uno de los poemas que lo integran. Y es con ese poema que nos hemos explicado el título; que nos pareció primeramente no corresponder a la obra:

"Vienes cada vez y eres,

en el perdido anhelo

canto recuperado.

Vienes

y en el misterio de mi alma

amanece tu astro".

Es decir: el canto fluye natural, espontáneo y fresco en ella, la recuperación de ese don del canto es un hecho casi cotidiano, y en tal forma que, repetimos, esta nueva obra, pese

CANTOS GENERALES. Editorial Letras.

Ariel H. Badano se estrena en un pequeño volumen, modestamente presentado, en el cual caben veintiocho poemas desiguales que no obstante anuncian un poeta. El libro está dividido en cuatro partes, con unas líneas a modo de presentación y que, a pesar de des-

vincularse, por la música del ritmo y el cuidado de su ordenación de severo corte clásico, de los otros poemas que le siguen, algunos de los cuales se dejan llevar por el mandato de una rebelión que grita, tiene de común con ellos, un aire quevediano, que en algunas partes se acentúa, y una esencia o savia que los nutre por igual. Esta savia es la que le proporciona una conciencia de hombre libre y honesto en pugna contra la aflagaza leguleya, contra la explotación que ejercen los todavía con el látigo en la mano, contra los desnudos e inclinados a tierra. Hemos dicho que había un aire quevediano en los poemas; y es sin duda esta una inclinación bastante rara en un poeta joven, cuya mirada sobre el mundo está siempre pronta a captar la sangre de la herida, el golpe de la tragedia, el nudo y desenlace del drama antes que velarse con la ironía o humedecerse con la ternura de un humorismo que no pretende castigar.

Ariel Badano, pese a sus incursiones por la poesía libre, demuestra acabadamente poseer una indudable facilidad para desarrollar sus dotes en la medida, contención y hasta en el léxico de la poesía clásica, sin que esto último quiera indicar que se provea de artificios de lenguaje para traducirse, sino que la palabra correcta y hasta severa le es bastante familiar, y el verso salga así, también limpio y severo y fluido: "de vientre quejumbroso acaecido..."

(Autobiografía)

"Persígame el cadáver necesario..."

(Soneto para el día de mi muerte)

"Envejece el dolor honradamente..."

(Introducción al dolor)

Los poemas, integrados por versos como los precedentes que parecerían desarrollarse en un clima de queja frente al abismo, se resuelven inesperadamente en una sonrisa quevediana, viril, reflexiva y comprensiva por lo mismo: "ése soy yo; un barro empuinado con un ayer de barro amanecido y un destino de arcilla sudorosa".

(Autobiografía)

"Lléveme el diablo y su miedoso rabo y al final de esta senda necesaria que un alegre gusano me reciba".

(Soneto para el día de mi muerte)

A nuestro juicio, el mejor de sus poemas del libro es "Introducción al dolor", en donde dice de su conformidad con el dolor necesario, y la necesidad de transmutarlo por amor, utilizarlo para el amor a todos sus hermanos en contraposición al romanticismo idealista que se abandona al gemimiento sin lucha y sin solución.

Algunos otros poemas, hechos en forma libre (los menos felizmente) acusan un descenso; en ellos, la sustancia poética se desvirtúa

o parecería desdeñarse para dejar que la sustituya una intención, si todo lo respetable que se quiera, al margen de la poesía por lo menos. De todas maneras el advenimiento del poeta que es Ariel Badano significa una promesa seria y ya formal y una originalidad en la cual estimamos que debiera mantenerse, sosteniendo el tono que le es propicio y perfectamente natural y cuyos ejemplos más claros nos lo da con la mayor parte del libro y sobre todo con esa parte que tituló Tributo a Herrera y Reissig, jornada quizá un poco objetiva, perfectible y que podrá llevar, con el ánimo de hombre libre y sano que lo alienta, a dar una nota de singulares relieves en la poesía de nuestro país.



"VIENTO DESNUDO, poemas, por Felipe Novoa. (Bib. Alfár, Montevideo, 1947).

Felipe Novoa, poeta marinero, rompe su inedición con "Viento desnudo". Inedición más teórica que práctica, porque Novoa es desde hace tiempo bien conocido de todos en nuestro medio intelectual.

Esta tardanza, pues, es debida sólo a la voluntad y ambición del autor, expresadas en diversas ocasiones, en que nos manifestó su deseo de publicar un libro luego de una gran selección, y en cuanto reuniese poemas que le dieran suficiente unidad y equilibrio al conjunto. Lo justo es entonces plantearnos frente a "Viento desnudo" con más ex-cias, con más severo juicio, con menos concesiones a cuenta de lo venidero, que las admisibles en la crítica de un poeta primerizo.

Y hemos de sentar, en ese plano, tres axiomas (fácilmente comprobables) en los cuales se apoyará nuestra conclusión:

I) "Viento desnudo" es un libro madurado.

II) Tiene, efectivamente, unidad y equilibrio.

III) Posee calidad pareja, fruto de una selección cuidadosa.

Sobre la base de estos tres axiomas, podemos aproximarnos a un primer resultado general, concluyendo que Felipe Novoa ha logrado su objetivo.

Esta conclusión, válida en general, se mantiene en un examen particular, aunque sea necesario anotar discrepancias con respecto a algún poema.

De las tres partes en que se divide el libro ("Soñado mar", "Las amadas muchachas", "Tiempo del odio"), sin duda preferimos la segunda, porque en ella nos parece encontrar la poesía de mayor peso específico dentro del libro.

Y una de las características descolantes que ofrecen los poemas, es la unicidad de cada uno de ellos, el hecho de la ligazón estrecha de un verso con su antecedente y consecuente, que hace difícil la cita.

Dicho sea de paso, creo que el poema ideal es aquel en que no es posible citar un solo verso (recuerdo ahora a Vallejo: "...digo, es un decir..." es un verso cuya cita nos deja fríos; sin embargo es un elemento emotivo formidable en el poema). Novoa sabe esto y sabe cómo construir sus poemas con esa unidad que rechaza la fragmentación. Sus —para mí— mejores poesías, "Caballo salvaje" y "Poema sobre este tiempo", poseen esa cualidad en grado de virtud. Son poemas que se nos dan por oleadas crecientes, y por eso lo de poeta marinero, no sólo porque ama al mar, sino porque sabe hacer poesía con fondo y oleaje como agua de mar.

Anotemos por último una discrepancia de índole general (ya que ella aparece intermitentemente a lo largo de la obra) y es la referente a la calidad de algunos versos en los cuales creemos que ha fallado el edificio poético de Novoa, tales como

"...Y turiferarios de la vieja farsa

traficando con lunas tumefactas..."

o a la repetición mecánica de algunas palabras:

"...veo huir, huir de mi memoria..."

recurso usado unas cuantas veces en el que sólo vemos un juego formal no siempre admisible, y a los que calificamos dentro de la hojarasca de la que necesariamente todo poeta debe despojarse.

Entre los poemas mejor logrados, debemos citar además, "Muchacha del olvido", "A Soledad, mi madre", "Tiempo del odio", "El soñado mar"...

En suma, "Viento desnudo", que no parece un primer libro, es para ser leído íntegramente. Creemos que es una obra seria, que coloca a Felipe Novoa entre los verdaderos poetas nacionales.

"ALFAR" - Nº 87

Arduo trabajo sería comentar "in extenso" el número extraordinario de esta revista que desde hace 26 años, mantiene viva y joven nuestra camarada Julio J. Casal. Por ello —al tiempo, desde, luego, que encarecemos el acontecimiento que su aparición significa— procuraremos ceñirnos sólo a algunos aspectos de ella.

El número se ha dedicado expresamente a Picasso; pulcra foto de ciertos significativos cuadros suyos, ilustran el informe, el largo informe vivaz y noticioso, que acerca del genial español cumple, con su solvente estilo, el crítico Guillermo de Torre.

Publicar los sonetos y decires de José Bergamín, y los juicios que respecto de él trazaron Machado, Azorín, Salinas, Cassou, Dámaso Alonso, ya sería de por sí motivo que justificaría esta entrega de "Alfar".

Algo más destacaremos: el ensayo de Aldous Huxley sobre David H. Lawrence, un cuento de Hemingway, el agudo estudio de Podestá en punto al juvenil Ballet Brasileño, la carta de Barradas, tierna, emotiva, llena de gracia en su improvisada y bellísima ilustración gráfica.

En lo queda —que es mucho— hay bueno, hay discreto y hay malo. Hubiésemos deseado mantener sin abrir el rol de observaciones o censuras, pero la propia calidad e importancia de "Alfar" nos obligan a dos palabras. Mucho tememos que el compromiso, el inevitable compromiso, haya metido su mano en algunas secciones de "Alfar". No nos resignamos a ello. Esas largas series de cartas bombásticas, elogios falsos y reverencias de reciproca intención que colman la sección bibliográfica, debieron, pudieron evitarse para bien de la alta función que "Alfar" cumple en la cultura nacional. Ya es tiempo de archivar ciertas firmas y omitir el "alabame, que yo te alabaré". ¡Qué puñalada daría así "Alfar" al corazón de las nunca bastante criticadas camarillas, qué golpe contra la mentira y la falsa valoración que oscurecen nuestro ambiente! Una revista que publica los magistrales y hondos aforismos de Bergamín, no debe, páginas luego, dar cabida, por ejemplo, a frases pseudo-aforísticas, sin ingenio, sin originalidad, sin motivo, al fin.

Aspiramos ardientemente, honestamente, a que "Alfar" se distinga tanto por su calidad literaria cuanto por su sobria euanimidad ejemplar; aspiramos a que "Alfar" no ceda al mal del siglo, al mal de "la feria en la plaza". Porque estas apostillas críticas, acaso desusadamente francas y raras son —en último análisis— nada más que el anhelo de que la gran revista de Julio Casal alcance toda virtud y toda perdurabilidad.

ESCRITURA - Número 3 - Marzo 48

Esta entrega de la nueva y ya muy conocida revista, mantiene su dignidad y decoro literario pese a leves altibajos que sumariamente consideraremos.

La revista se abre con un asombrosamente inútil comentario de Borges acerca de "El enigma de Ulises" (en la "Divina Comedia"). Preferiríamos que Jorge Luis Borges dejase a un lado este tipo de labor de escoliasta, en que si resalta su pasmosa erudición, no es de admirar por cierto nada de lo profundo o sustantivo a que nos tiene acostumbrados en sus obras de erudición. Luego, las páginas de Cecilia Meireles ("Alguien en la encrucijada") nos provocan la nostalgia de otras mucho mejores cosas suyas.

La segunda parte de "Escritura" inicia con un poema lleno de gracia y belleza, de Supervielle, y con un estudio en punto a "Jules Supervielle y su poesía", por Isabel Gilbert de Pereda.

En el capítulo "Novela y cuento", leemos una monografía parcial, poco exacta y poco importante, acerca de "El Culto de la violencia en el evento latinoamericano". Sus autores: Flanagan y Geismer.

En seguida, Lauro Ayestarán, con su agilidad y seguridad de reposado y serio crítico musical, plantea y revisa la notación musical de Grecia antigua, y nos informa minuciosamente respecto de

cada uno de los solos 15 fragmentos de música griega "que maneja el hombre moderno".

En la sección teatro, dos trabajos: uno de Rodríguez Monegal, otro de Martínez Moreno. Aquél, tomando como pretexto un libro cercano de J. L. Barrault sobre Fedra, incursiona con acierto y firmeza en el teatro de Racine, y sus características. Tanto por su valor propio, como por los elementos bibliográficos e informativos que maneja, nos parece un pequeño ensayo de lectura útil y necesaria. Martínez Moreno analiza la realidad teatral del país y en particular el problema de los aficionados. Si no siempre compartimos su tono o sus dictámenes, creemos que le corresponde el mérito de discutir algo que generalmente se mantiene en ilógico silencio. Ojalá este artículo honeste en su intención y expresión, incite a la polémica a los aficionados.

Horacio Coppola explica con acierto las características humanas que vitalizan y dan prestigio al nuevo cine italiano, y José María Podestá muestra su nunca discutida versación y su atildado estilo, en la exégesis fina y medulosa de un experimento de la cinematografía yanqui: "La Dama en el Lago".

La revista se cierra con los comentarios bibliográficos de Real de Azúa. Y según ya se ha convertido en costumbre, son ellos lo mejor de "Escritura". Pergeñado a raíz de la exposición "Rodó en sus papeles" nos da la más exacta, lógica y profunda imagen que se haya trazado del autor de "Ariel". Antójasenos un ensayo indispensable, obligatorio para el estudio de Rodó. Con lo cual se hace el más grande elogio al joven escritor uruguayo, que realiza una labor crítica que por su densidad y hondura —cual se demostró en sus precedentes análisis de Martínez Estrada y Francisco Romero— no tiene par en el país.

ESCRITURA Nº 4. - ABRIL-MAYO 1948.

Acaba de aparecer el número 4 de "Escritura". Pese a que mantiene y hasta supera su impecable presentación, este número señala una baja en su calidad literaria. De entre los trece trabajos que publica, podemos calificar como excelente el comentario de Podestá acerca de una "Encrucijada de cine y pintura" —a propósito de las documentales artísticas de Enrique Gras— y creemos innecesario calificar los aforismos que en "Máscara y Rostro" agrupa Bergamín, igual que siempre, magistral y único.

Nos emociona por cierto la narración de Pincherle respecto de su experiencia como organizador de "Música entre prisioneros" de un campo de concentración nazi, y nos parece útil y sagaz la noticia que nos brinda nuestro joven compositor Tosar Errecart en punto a "Actuales corrientes musicales en los EE. UU."

El largo poema de Eduardo Lozano se nos antoja una viva y ejemplar expresión de poesía construida pieza a pieza, falsamente, discursivamente, sin la verdad que nace de una auténtica y profunda visión poética del mundo. En lo que atañe al cuento de Felisberto Hernández, nuestro juicio lo sintetizamos con las propias palabras de su protagonista: "a mí me gusta ver las cosas turbias".

Del resto de los trece trabajos, queremos afirmar que se justifica sólo como descanso a su gran tarea anterior, el que Real de Azúa haya gastado su espacio en escribir sobre cuatro libros uruguayos de apenas muy relativa y geográfico-arqueológica importancia.

Ajustadas las viñetas de Pastor, y muy buenas las reproducciones y la página fuera del texto que acompañan los materiales literarios de "Escritura".

CLINAMEN Nº 5. - Mayo-junio de 1948. - Montevideo.

Significa un calificado esfuerzo este número de la revista que editan alumnos de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Buenas firmas nacionales y extranjeras contribuyen a su realce. En poesía, se publica "Soledades", de Juan Cunha —en el mejor y más valioso estilo de ese poeta— y cuatro sonetos portugueses traducidos por José Bergamín.

El cuento de J. Enrique Etcheverry es una típica muestra de los temas que gustan y practican nuestros escritores jóvenes. Encareceríamos a Etcheverry en todo caso, una mayor rigurosidad formal. Nos parece deleznable y vacía —sin levante— la muestra que de su próxima novela anticipa Macedonio Fernández cuya boga entre gente de letras preocupados por la calidad literaria —como los jóvenes de "Clinamen"— resulta, por cierto, extraña.

El ensayo de Alberto del Campo acerca de "Antonio Machado, poeta castellano", merceda párrafo aparte aun cuando más no fuese porque el autor enfoca la figura de Machado desde una mira diversa a la tan conversada y común. Asimismo, del Campo revela su conocimiento a fondo de la poesía y la filosofía del grande español; objetamos, sin embargo, que adjudica a su análisis una latitud exagerada, porque Machado evolucionó en los últimos tiempos hacia formas poéticas y conceptos filosóficos distintos, cosa que del Campo no toma en cuenta. Y, en fin, sin buscar disminuir el mérito de su ensayo, diremos que del Campo se deja llevar por su propensión al empleo de una terminología de moda, —inaustamente introducida por García Bacca— que repugna a la índole y claridad del idioma.

Rodríguez Monegal, pese a circunscribirse a la obra literaria del Sartre, se inclina hacia la simpatía —rebatible, pero, por desgracia, todavía no bien rebatida en el Uruguay— para con el ruidoso existencialista francés. La fenomenología de Husserl, según el propio filósofo, ocupa algún espacio de "Clinamen".

CABALGATA. Nº 21. - Julio de 1948.

Ciertamente, no puede considerarse menos que un hecho muy lamentable, el que este número de la difundida revista porteña sea el último que vea, por voluntad de sus directores, la luz

pública. La crisis del libro provoca la desaparición de "Cabalgata". Ello obliga a que meditemos melancólicamente sobre el triste destino que aguarda a las empresas de cultura, tan útiles y de valer como "Cabalgata", cuando no se respaldan en objetivos comerciales, o no se bastardean en móviles ajenos a su finalidad literario-artística. En el caso de "Cabalgata", verdad es que ha desarrollado una labor muy eficaz de difusión, intercambio, conocimiento y aprecio de la literatura y el arte, y en especial, de sus expresiones americanas y rioplatenses. Han colaborado en ella muchas de las mejores firmas del continente y aun de Europa, y el conjunto de sus 21 números resulta de un interés extraordinario. Por lo que toca al número último, destacaremos de su sumario algunos trabajos. Respecto del "Forum Group", de Nueva York, Juan Carlos Paz escribe un amplio estudio en que se presenta con proflijidad y conocimiento, a los integrantes del más joven plantel de compositores yanquis. Antonio de Undurraga, el chileno, alega "La caducidad del soneto". Cotta analiza la técnica y el espíritu del dibujante italiano Tulio. Seidel Canby —el famoso escritor yanqui autor de las biografías de Whitman y Thoreau—, narra las experiencias y los resultados del "Club del libro del mes" que desenvuelve sus actividades en Norte América.

Dos colaboradores uruguayos presentan este número —el último— de "Cabalgata": Ricardo Paseyro y Guido Castillo. Paseyro, en sus "Aproximaciones a Ganiwet", se anticipa al cercano cincuentenario de su muerte, y procura una justa valoración de su singular y aul, casi desconocida figura; Guido Castillo se refiere al sentido del realismo en la obra pictórica del joven artista uruguayo Augusto Torres. Para concluir, expresamos nuestro confianza de que "Cabalgata" reinicie, a breve plazo, su publicación.

"A.I.A.P.E." y su lucha contra las erratas

Este número de AIAPE ha demostrado su salida por circunstancias especiales. En primer lugar, las circunstancias económicas: las de siempre. La prensa que dispone de abundantes medios y protectores —ya ajenos, ya uruguayos— encuentra facilidades de todo tipo para seguir sin trabas, hasta el fin, su labor disociadora y mentirosa. Pero AIAPE, igual que casi todas las revistas de cultura, debe vencer vallas difíciles. Los avisos —que a muy pocos avisadores interesa entregar sino a aquellos órganos que llegan abundantemente al público comercial— la impresión, la venta, la distribución, son estadios de un proceso complejísimo, penoso, para una revista como la nuestra, hecha con sacrificios —con amor— por un puñado de hombres independientes y sin influencia oficial. Pese a ello, se ha trabajado de tal modo, que planteamos ante los lectores la cierta posibilidad de que con su concurso, su apoyo y su benevolencia, la revista de AIAPE organizará regularmente mensualmente, su salida. Se necesita la revista de AIAPE. La necesita la AIAPE, porque es la voz con que habla al pueblo: la necesitan los intelectuales, porque es una palabra distinta y verdadera en la discusión y el análisis de sus problemas, y un rumbo en la lucha menester para derrotar las nuevas regresiones que amenazan al mundo, a la cultura, y también —casi tocándonos— a la independencia nacional. La AIAPE no es una revista de compromiso: es una revista que mantiene, mantendrá —lo prometemos— su línea de pensamiento y su dignidad literaria y artística. No hay sitio en ella para los enemigos de las fuerzas humanas de nuestro tiempo; y tampoco hay sitio en ella para la vulgaridad y la camarilla, porque

tanto como la idea, le significa la forma como se dice y se cumple. AIAPE ha declarado la guerra a la errata, a la errata de pensamiento, a la errata de conducta, a la errata de... imprenta. (Permítaseme aquí un minúsculo desahogo personal, la anécdota personal. Las erratas de imprenta son una pesadilla de los que escriben. Hace poco, en una revista argentina, apareció un pequeño ensayo mío. Y me matará el escozor si no digo que, por ejemplo, donde escribí lejísimos salió "lejisismo", donde escribí demérito, vió la luz "desmérito", donde quizás, "quizá"). Porque saben lo que duelen las erratas. AIAPE y los que algo hacemos en ella, aseguran que combatirán la errata a muerte: desde la mínima errata de imprenta, mínima pero quedazona y hiere, hasta la grande errata que compromete más que la ortografía de un vocablo, el propio destino de la cultura y la inteligencia. Exhortamos a los intelectuales a la pelea: no llamamos en abstracto ni con límbicas y vagarosas frases: llamamos a la pelea contra el imperialismo, contra la infiltración falangista, contra el desprecio que siente la prensa grande por cuanto sea verdad, pueblo y cultura, contra el adocenamiento de la inteligencia, por la paz, por la reivindicación de los derechos de los intelectuales frente al olvido oficial, por la liquidación y muerte de las camarillas, porque se cale muy adentro en la entrega al pueblo de los valores genuinos, auténticos, de las artes y letras. Una de las mejores formas es ayudar a la AIAPE y su plan de lucha: una de las mejores formas es sostener y acrecer la importancia de nuestro periódico.

GISLENO AGUIRRE

La muerte de Gisleno Aguirre fué particularmente dolorosa para la AIAPE. Su múltiple y valiente actividad se detuvo, acaso, con preferencia, en AIAPE. Gisleno Aguirre comprendió siempre la importancia de nuestra institución en la lucha por la cultura. Fundador de ella, y presidente, luego director de su revista, jamás dejó de actuar en AIAPE. Y ni qué decir cuánto se respetaba y atendía su palabra entre nosotros, porque nadie ignoraba el valor de su inteligencia, y nadie desconocía la austera rectitud de su personalidad moral. Toda causa justa contaba con Gisleno Aguirre. Así se le vió el primero y el mejor en la ayuda a España, en el apoyo a los pueblos libres en lucha contra el nazismo, en la vanguardia del combate contra la nueva barbarie imperialista. Y todo, en función —nunca olvidada— de hombre de pensamiento, de trabajador de la cultura. Gisleno Aguirre fué un Hombre, y fué un escritor, fino, sensible, apasionado. AIAPE recordará siempre al bienquerido compañero, y como primer homenaje a su clara memoria, publica hoy nuestra revista las palabras, emocionadas y justas, que pronunció en su repello, nuestro camarada Eugenio Pettit Muñoz.

A la palabra de dolor de AIAPE, de la que Gisleno Aguirre fué dilecto Presidente, socio fundador y camarada fiel y desvelado, que vengo a traer aquí; a la palabra de gratitud postrera de AIAPE, no quiero añadir una palabra de asombro, la palabra de asombro que el intelectual no puede pronunciar sin abdicar de sus potencias de análisis y de racionalidad, pero que todos hemos estado tentados de pronunciar cien veces —y más que nunca al verlo perdurar en su dulzura y en su optimismo, meses tras meses, mientras el mal mortal lo corroía y avanzaba por dentro y parecía irle secando, día a día, el noble rostro amigo— la palabra de asombro que todos hemos estado tentados de pronunciar frente al espectáculo del luchador heroicode todas las armas y pronto a todos los campos de la batalla que transformaba la viril energía, el entero temple indoblegable e implacable para la lucha, en ademán suave, en ternura finísima, en bondadoso acogimiento para toda cosa.

Debemos decir, sí, que Gisleno Aguirre era eso, debemos verificar objetivamente el hecho, pero procurar explotarlo en lugar de erigirlo en motivo de asombro. Debemos inquirir cuáles hayan podido ser las fuentes remotísimas, cuáles las lejanas, cuáles las próximas, que sumándose, conjugando sus corrientes en el diáfano río de su vivir sin tortuosidades, sin fondos turbios, ni ponzoñas, ni hieles, dieron la tónica limpia y la robusta fe en el Hombre, sin cesar renovadas y acrecentadas pero que no supieron desandar aguas arriba lo avanzado ni desviarse de la marcha a un tiempo impetuosa y sosegada, desde un extremo al otro, que era la esencia de su ser.

Pensamos que el santo medioeval, y el hidalgo español, viejos de siglos, estaban intactos en él; y también intacto en él el gaucho noble de nuestras patriadas; e intacto el humanista gustador de la antigüedad clásica y embriagado del Renacimiento, y el poeta romántico, y el periodista de la forja de la democracia política del siglo XIX, y el de las luchas sociales y de la gran batalla antifascista y antimperialista de nuestro tiempo, y el pensador que avizora el futuro y sueña, sueña, amplio, cada vez más amplio, cada vez más luminoso, cada vez más encendido, en los grandes ideales del Hombre, con la certidumbre —que es más segura, más verdadera, y sostiene y alienta y consuela mucho más que la fe— con la certidumbre en el derecho y en el poder del individuo y de las masas, en la pureza —que sólo hay que ponerla en condiciones para que se revele— del individuo y de las masas: porque sentía la pureza dentro de sí, la había sabido reconocer y me-

dir, y por eso sabía que ella no era otra cosa que la sustancia misma del Hombre.

Todos los humanismos se habían venido, pues, sumando, conviviendo, limando y depurando mutuamente en el suyo: en ese inmenso Humanismo, que es el nuestro, que los contiene a todos, y sólo repele a los que no son más que las simulaciones siniestras del Humanismo: el del privilegio y el de la injusticia; que los contiene a todos pero los desborda, porque los ha enriquecido con el humanismo de la libertad y de la justicia para las masas y no sólo para las academias y los cenáculos.

Por eso Gisleno Aguirre llegó hasta la alta eminencia de los ideales que abrazó, sin dejar de ser Gisleno Aguirre periodista del Melo de comienzos del siglo, en que los últimos espasmos de las guerras civiles entre blancos y colorados lo pusieron en trance de ser asesinado, en la oscuridad de una emboscada de callejuela aldeana, por un puñal pago por un adversario no salido todavía de los tipos de lucha de la barbarie; sin dejar de ser el polemista que desde un periódico pueblerino se enfrenta soberbiamente, con su aspereza lugareña mezclada a los agraces mal dosificados de la fuerte enjundia juvenil a Don José Batlle y Ordóñez, el maestro de periodismo de “El Día” de hace cuarenta años, y merece la atención sorprendida del gigante, que sintió tan fuerte el escorzo de la pluma nueva que se clavaba en el recio músculo de su brazo de constructor, como para darle categoría de símbolo y llamar en adelante “los Gislenos” a todos sus adversarios bravíos; sin dejar de ser el periodista de oficio, gacetillero, editorialista, finísimo expurgador de la miscelánea, de dos grandes rotativos porteños y de “Caras y Caretas”, en su bohemia de juventud de Buenos Aires; sin dejar de ser el crítico teatral certero e intenso, ni el novelista de ambiente griego de “Mililita”, ni el del breve comentario cálido e inconfundible de la gesta soviética desde “Diario Popular”, ni el planeador de vastos esbozos de novela social en que estaba trabajando en sus últimos tiempos de fragua espiritual.

Es porque el áspero hábito del santo con que a veces lo imaginamos ceñido, y la gallarda capa del hidalgo que idealmente lo envolvió mil veces más, y el viril poncho patrio de sus arrestos primerizos, y el ropón finísimo de la cultura y del esteta de biblioteca, que también vistió, se habían venido transformando poco a poco, sin romperse, pero impregnándose, por la comprensión y el amor, con la sangre del corazón de todos los hombres, en esa roja bandera que cobijó, en el trance final, su propio corazón.

Vida de A.I.A.P.E.

★ 21 nuevos asociados figuran en nuestros registros desde el 1º de mayo al 15 de julio. Si en las precarias condiciones materiales en que nuestra sede social recibe actualmente a sus sostenedores, se ha logrado tal apoyo, pensemos con optimismo sobre el futuro inmediato de nuestra A.I.A.P.E. en cuanto logre normalizar su actividad.

★ Con motivo de la visita que el gran cineísta italiano Enrico Gras hizo a nuestra ciudad, se le recibió en nuestra casa compartiendo la cena de camaradería que la Comisión Directiva saliente ofreció a los miembros electos.

★ La Comisión Nacional de Bellas Artes ha iniciado un movimiento entre los organismos afines a la actividad cultural para desarrollar un ciclo de actos representativos de “Ocho Siglos de Teatro Francés”, en sus más variadas expresiones, habiendo solicitado, con tal motivo, un delegado de nuestra institución para colaborar en tales trabajos, designándose a ese efecto a los Sres. Atahualpa del Cioppo y José Pampín Golán.

★ Evander Childs High School, de Nueva York, ha honrado a nuestra institución al solicitarle informes sobre cuál es la obra que se considera de mayor valor en la literatura teatral vernácula, a fin de incluirla en la Antología del Teatro Hispano Americano. La Comisión Directiva tomó resolución con “En Familia” y “Barranca Abajo”, que por su diversidad temática resistían la decisión por una de ellas.

★ La presencia de Demetrio Urruchúa en nuestra tribuna, disertando sobre “Charlas de Taller” permitió escuchar la clara y valiente, tanto como docente y humana, actitud de un hombre al servicio de una vocación y ésta nutrida y nutriendo las esperanzas populares.

★ Con motivo de la aparición de su libro “Canto Recuperado”, nuestra compañera Elia Gil Salguero fué objeto de un cálido homenaje, auspiciado por el “Grupo Meridión”, en los salones del Mirin Club, permitiendo tal circunstancia testimoniarle el júbilo que su labor poética promueve.

★ Inaugurando la Exposición Plástico-Literaria “La Mujer en el Arte”, la escritora Amalia Polleri de Viana disertó sobre su reciente viaje a Europa, refiriéndose a los aspectos substanciales de afinencia con los hechos vivos de la cultura y el arte, y el maravilloso ejemplo de lucha que los pueblos sobrellevan para alcanzar, a pesar de los variados manotones imperialistas, la paz y el trabajo dignos de la especie.

★ Organizado por España Democrática y auspiciado por nuestra institución, todos los viernes, a las 19 horas, se desarrolla el Cielo de conferencias en favor de la España Leal y Republicana, con motivo del Manifiesto lanzado por los guerrilleros de Levante y Aragón.

★ Entre los planes de las Sub Comisiones de Trabajo, merece destacarse el alcance del grupo “Arreglo del Local”, que bajo la dirección de la Arquitecto Selva Oliver de Spatakis, ha comenzado ya a brindar fisonomía de ambientes diversos, gratos y acogedores, como también la creación de un escenario que será ofrecido a los Teatros Independientes para sus actuaciones.

★ Bajo la dirección artística y docente del Arquitecto F. Parnagnoli, comenzarán a desarrollarse en A.I.A.P.E. las actividades escénicas, aula de capacitación y espectáculos, y bajo la dirección de la Profesora Rosita Baffico y el escritor Felipe Novoa, los dos grupos de Teatro de Títeres que tanto prestigio han dado a nuestra institución.

★ Con motivo de haber sido designados para concurrir al Congreso Mundial de Intelectuales que se reunirá a fines de agosto en la ciudad de Wrocław (Breslau), los compañeros Francisco Espínola y Enrique Amorín, fueron objeto de un cordial homenaje por los asociados de A.I.A.P.E.

Pequeño Balance Escénico de la Comedia Nacional

Organizada por la Comisión de Teatros Municipales hemos visto visto iniciarse la Segunda Temporada de Comedia Nacional. La prensa nos informó ampliamente de los propósitos que cimentan la futura labor de nuestra casa de teatro, el generoso plan docente y la intervención de extranjeros o compatriotas radicados en el extranjero, invitados a colaborar en este esfuerzo de brindar al pueblo espectáculos escénicos transformados en herramientas de cultura.

Inobjetable, como punto de partida, es el proyecto, y la crítica general se responsabiliza de solidarizarse con su aplicación, procura manifestarse con altura didáctica y señala los errores de la dirección general o de los intérpretes desde el plano de común deseo patriótico transformador del precario teatro actual.

(No ha escapado a la observación de quien correspondía, el afán de los Teatros Independientes como auxiliares capaces en esta empresa de recuperación, tanto por su cantidad y capacidad, como por su libertad para la selección del material literario e interpretativo que formalizará el espectáculo; y por ello el presidente de la Comisión se refirió a la ayuda económica que el Estado les debe para el ejercicio de sus fines, que siempre convergerán en el intento común: cultura para el pueblo). Hecho este pequeño aparte, continuamos con nuestra breve nota sobre la Comedia Nacional, en el orden que fueron representadas las cuatro obras que motivan este comentario.

"EN FAMILIA"

La reposición de "En Familia" concitó una grande expectativa por ser quizá la obra mejor construida de Florencio Sánchez y también por ser llevada a escena con las características de la época de su estreno, el 6 de octubre de 1905, por la Compañía de los hermanos Podestá.

De los elementos que la obra aglutina, señalamos, en primer término, la puesta en escena. Siempre remitiéndonos a la época correspondiente, estimamos que hubo un exceso "financiero" en decorado, vestuario y utilería que el texto original ponía en evidencia, al señalar algunos personajes la falta de recursos económicos para subvenir a las necesidades vitales de la familia. No abundaremos en detalles al respecto, pero en una casa que goza, exclusivamente, de los ingresos logrados por Jorge en el préstamo, y quizá en el juego, y en donde ya se convirtió en efectivo el trofeo de Damián, resulta inadmisibles ese cuasi exponente de solvencia material.

La interpretación fué, sin duda, uno de los esfuerzos menores de los intérpretes de la Comedia Nacional han hecho, salvo excepciones que el lector deducirá. Jorge no alcanzó a componer el viejo sinvergüenza y cínico, "fundamentalmente cínico", como le dice Damián, que justificará todas sus pillerías; asimismo careció de la carga emocional que provoca en el espectador dos sentimientos antagónicos: de repulsa frente a tanta desconsideración de la responsabilidad social, y de conmiseración por el inevitable descendimiento en la desgracia que lo llevará a la cárcel.

Mercedes no fué la esposa doblegada por la necesidad y la vergüenza y expresó al contrario, un dinamismo vocal y físico que turbaba la comprensión real de sus parlamentos. Eduardo fué, con gran sobriedad, el haragán previsto en el texto, pero creemos que la capacidad escénica del intérprete, su aplomo de actor, hicieron superar las condiciones domésticas del personaje y lo transformaron, en varias escenas, en el pivot voluntarioso, analítico y encauzador de los desenlaces, que no condice con las características habituales psicológicas de Eduardo. Delfina llevó, también, la suficiencia de la intérprete, que nos dió en lugar de la esposa tiernamente enérgica, la defensora maternal, vigorosa incisiva y de ojos severamente abiertos a los acontecimientos. Tomasito careció del actor necesario, resultando el más visible punto flojo de los intérpretes. Creemos que con otro reparto la obra habría ganado en calidad estética; pero por lo que vimos, el espectáculo se salvó merced a Florencio Sánchez.

"CUANDO AQUI HABIA REYES" **DUPLICADO**

El primer estreno de la temporada, la pieza en tres actos del escritor argentino Sr. Rodolfo González Pacheco, "Cuando aquí había reyes..." estrenada pocos días antes en Buenos Aires, en idioma idish, permitió el mayor alarde espectacular en lo que va de la temporada, en el que colaboraron el plástico Enrique Lázaro con decoraciones sobre bocetos del pintor Demetrio Urruchúa, adaptaciones musicales del profesor Lauro Ayestarán y vestuario confeccionado por alumnos de la Universidad del Trabajo según diseños de los Sres. César Martínez Serra y Franco del Pré.

El autor sitúa la obra en un proletario barrio negro del Buenos Aires rosista, en un ambiente racial de supersticiones y ancestralismos

Padre

*Te detienes en medio del camino,
y quisieras saber adónde estás;
desdibujado en una niebla de años,
en esta calle de mi corazón...*

*Tú conoces las pobres esquinas,
los juegos de los chicos,
y las horas suspensas en el reloj poblano.*

*Todo no ha muerto ¡oh, no!
Las distancias se arquean
y nos abren los brazos.
La fragua de Martín aún resopla,
hace vibrar el aire, lanza chispas,
de su carbón, un sol recién nacido,
en ronda con su espectro,
salía por las calles.
Era el formido yunque,
que a golpes musicales
abría las mañanas,
y volaban los pájaros
de ese buen día eterno.*

*Por esta calle de mi corazón,
solías llevarme, tomado de la mano
hablándome de cosas,
tus episodios de revolución,
entre una fuga de dorados pájaros.*

Ahora el día se va por calles rotas.

*Yo me pregunto qué hora es, si estarán
los antípodas también doblando
la campana de una pena,
si habrá canciones aun intraducibles.*

*Sesenta y cinco años te han hecho
más amigo de los atardeceres.*

*Soy yo el que ahora te lleva por esta
ma calle.
¿Suenan, acaso, a hueco estas piedras de
ausencia?*

BELTRAN MARTINEZ

trágicos argamasa esencial para su intención social, que señala dos bandos en la escena: uno, el tío Pagola, el Rey Negro local, durante el día bracero del puerto, con su exaltado origen y fanatismo africano, y el otro, Pedro José, mentalidad rebelde, abierta a la nivelación de los destinos humanos, sin contar para ello con el aviso del despotismo histórico ejercido por los blancos. Dentro de su magnificencia anecdótica, la pieza vincula estadios diversos de la vida atenaceada por inquebrantables designios tradicionales, que el autor desarrolla con perseguido y muchas veces frustrado matiz poético.

Rechazamos la vital construcción retórica de la obra porque desplaza a los personajes de su natural aptitud para sostener los hechos, y agregaríamos que el autor, ejerciendo sus posibilidades literarias, puso más ahínco de orfebre en su noble esfuerzo que función expositiva di-

rectorial y filosófica, como hombre y dramaturgo experimentado, valores por los cuales lo admiramos.

Sobre la dirección e intérpretes, en general, extendemos nuestra aprobación por el esfuerzo realizado, pero destacamos, en casos particulares, la evidente composición ganchesa que rivalizó con la simulada armonía fonética característica, más en aquella época, de la raza negra.

"NACARINA"

Una especie de confabulación de la mal llamada crítica teatral; un contagioso escozor de ésas y otras esferas afines por descubrir, localizar, consagrar a un autor; el pintoresquismo (epidémico y artificioso) de "Nacarina"; el movimiento (aunque no funcional) de esta pieza; su filiación lorquiana (cebo para el público) y la ausencia de otros espectáculos capaces de atraer la atención de ese público desorientado, curioso, novelero y perpetuamente tracionado, explican en gran parte el primer éxito de la Srta. Bidart Zanzi.

Transeurre la acción de "Nacarina" en una aldea de pescadores que añaden a su desvinculación respecto de verdaderos pescadores de cualquier parte del mundo su condición de impenitentes prevaricadores del lenguaje. Quieren ser seres humanos y resultan invenciones literarias; quieren ser rudos y suprimen los artículos en su prosa; quieren ser poéticos y distorsionan la gramática, parodiando al poeta granadino. Excusamos los ejemplos pues parecerían ale-
vados.

El drama (tragedia, dice la autora) está informado por los celos, la envidia, la venganza, las habladurías de la gente; se desliza a través de ocho cuadros plagados de alusiones intencionales y amenazadoras para desembocar en el noveno con un latigazo melodramático de la más refinada crueldad, a saber: Nacarina acabaría de fugarse con un pescador; Felipe, su marido, sale en su persecución, previo estrangulamiento de una criatura de pecho, hija de ambos; la niña muerta es traída a escena, donde Nacarina, la presunta adúltera, irrumpe en toda su real y conmovedora inocencia. Todo esto sucede porque Nacarina es alegre y anda por ahí manifestando su contento de vivir.

Este saldo, presuntamente desgarrador, resultaría odioso si no fuera falso. Falso por la falsedad de los personajes, que son ecos, reflejos de lecturas entre las que seguramente figuran en un primer término García Lorca y Crommelynck.

ENRIQUE IV

Con "Enrique IV" de Pirandello, finalizó la primera parte de la temporada de la Comedia Nacional. Desde luego, en el pequeño espacio de que disponemos no analizaremos el contenido literario de la obra, porque ella de por sí, como de Pirandello, requeriría comentario aparte. Pero, en cambio, dos palabras para juzgar la tarea de los intérpretes y la dirección. "Enrique IV" ha sido un buen espectáculo, el mejor de todos los brindados por la Comedia. Ello se debe a que, sencillamente, existió ahora lo que antes faltaba: un acertado criterio de dirección, una visión general exacta de los problemas que la obra plantea, y un justo entendimiento de las posibilidades de cada actor. Los mejores palmas caben, pues, al director, Armando Discépolo, el ilustre maestro argentino. Con él, vino Gómez Cou, y seríamos poco verdaderos si omitiéramos decir que, más allá de discrepancias menores, su trabajo ha el más profundo, solvente y concienzudo de los que se llevaron a escena en toda la temporada de la Comedia Nacional. "Enrique IV" deja, en punto a las perspectivas de la Comedia, una acuciadora moraleja: después de lo que se ha visto, y confrontados los resultados, no puede seguirse ya por otro camino que el que "Enrique IV" desbroza. Basta de piezas malas y de interpretaciones a su altura; respétese al teatro y respétese al público, brindando espectáculos dignos. Un falso patriotismo no debe obligar a mantener un rumbo erróneo: el discreto equipo de artistas de que la Comedia dispone, será capaz de positivas realizaciones si en lugar de obras malas y direcciones vacilantes, se cuenta con obras sólidas y directores realmente tales. ¿No será posible que se convierta en permanente la colaboración de Discépolo y Gómez Cou? Mucho tememos que si tal cosa no se logra, "Enrique IV" se recordará tanto por el mérito extraordinario de su valor escénico, cuanto por la circunstancial virtud de ser acaso el único momento en que la "Comedia Nacional" justificó su pomposo nombre y su razón de existir.